

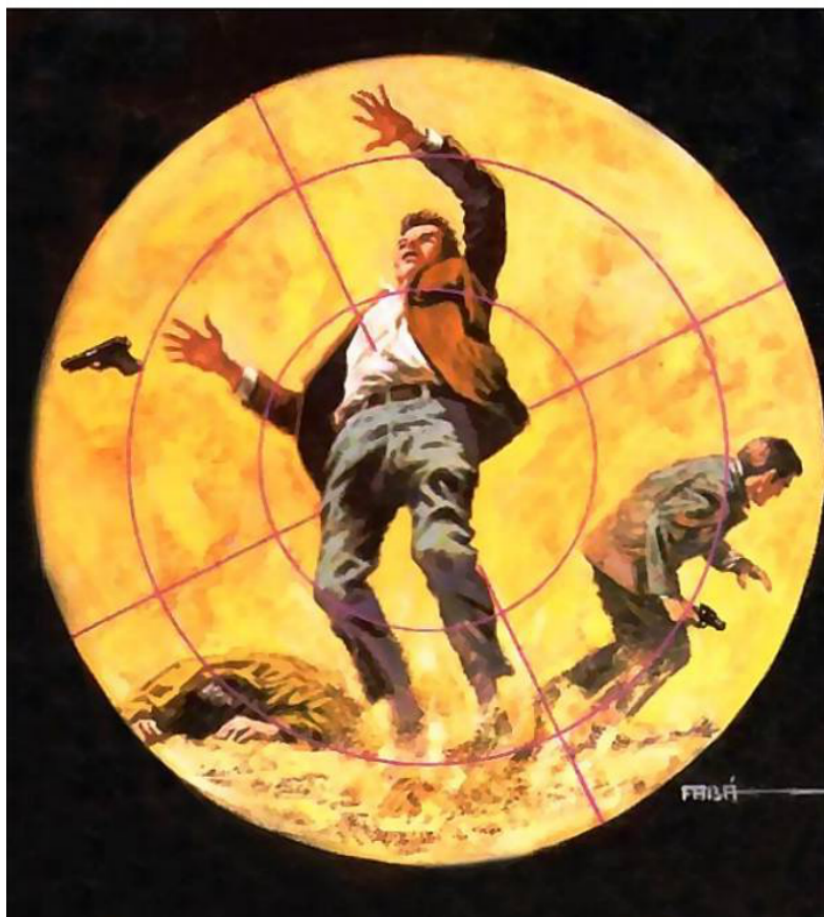
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el asesino mejor pagado de los Estados Unidos

SILVER KANE



SS

SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

EL ASESINO MEJOR PAGADO DE LOS EE. UU.

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.365

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 34.193 -1976
Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1976

© Silver Kane - 1976
Texto

© Salvador Fabá - 1976
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1976

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 - El *sheriff* y las viejecitas.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.356 - La danza de los sepultureros.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
736 - Infierno: capital, Dodge City.
- En Colección KANSAS:
666 - Un buitre llamado Cox.
- En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
1.014 - Demasiadas faldas en Wichita.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502 - Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección COLORADO:
637 - Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
751 - Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
753 - No lleves flores al muerto.
- En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
353 - Muerte en la oscuridad.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
78 - Mariposas negras.
- En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
15 - Un «Colt», una mujer y un diablo.
- En Colección LA HUELLA:
80 - Manchas de sangre en los ojos.
- En Colección BRAVO OESTE:
821 - Un pistolero en Fiat Country.

CAPÍTULO PRIMERO

MORIRÁ A LAS 4,30

Liberman consultó su reloj, inició una sonrisa, miró a través de la ventana al hombre que estaba abajo, en la calle, y dijo:

—Morirá a las 4,30 de esta tarde. Le quedan exactamente dos horas de vida.

En efecto, las manecillas de su reloj marcaban las 2,30. Hacía una magnífica tarde, una de esas espléndidas tardes del Sur llenas de dulzura y de anhelos de vivir. La gente, en su mayoría negra, caminaba apaciblemente por las calles de Louisville, la ciudad de Cassius Clay. Liberman hizo una mueca, contempló el sol que aún estaba muy alto y añadió con voz pastosa:

—Eso lo matará.

—¿El qué...?

—El sol.

Los tres hombres que estaban dentro de la habitación le miraron atónitos. Estaban acostumbrados a las extravagancias de Liberman, el asesino mejor pagado de los Estados Unidos, pero no hubieran imaginado nunca aquel colmo de la audacia. Que un hombre dijera que a otro lo iba a matar el sol a hora fija, era como creerse Dios, como pensar que se dominaban para siempre las leyes de la Naturaleza y las leyes de la ciencia.

Uno de ellos musitó:

—Estás loco, Liberman. ¿Cómo va a matarlo el sol?

Liberman entornó los párpados.

—Y en sólo dos segundos —añadió.

—Tú has bebido, Liberman. O te has drogado.

—Voy a decir algo más —musitó el asesino.

—¿Qué... vas a añadir?

—Que él mismo buscará la muerte con un movimiento de su mano derecha.

—¿Pretendes decir que se va a suicidar?

—¡Oh, no...! Al contrario, en ese momento tendrá unas ganas rabiosas de vivir. Pero un simple movimiento de su derecha, un parpadeo y... ¡zas!

—¿Tal vez una bomba? —preguntó el que estaba más cerca de la ventana—. No, una bomba es imposible.

—Claro que es imposible —masculló Liberman, como si le hubiesen hablado de una herejía—. Oswald no es tan tonto. Mirad.

Todos se acercaron a la ventana discretamente. Desde fuera no podían verles a ellos, ya que los cristales eran opacos por un lado, pero en cambio ellos podían vigilar perfectamente el exterior. Y distinguieron a Oswald que daba el último repaso al «Cadillac» que había de llevarle más al sur, hacia Florida.

Durante años, Oswald había sido experto en seguridad, al servicio del presidente de los Estados Unidos, y, por lo tanto, se las sabía todas. Había revisado docenas y docenas de coches de todas marcas. No había posibilidad de colocar una bomba o de montar una trampa sin que él lo notara incluso por el olfato, como los perros sabuesos.

Ahora lo comprobaba todo. La presión de los neumáticos, el nivel del aceite con una varilla especial (a veces las bombas son colocadas en el cárter, dentro de una bolsa de plástico), la barra de dirección (podía estar limada para que se rompiera), los frenos (cuyos conductos de líquido podían estar picados para que se vaciasen por el camino), el maletero, la tapicería (que podría tener oculta una aguja envenenada, la cual sobresaldría cuando él se sentase), y hasta las moquetas del suelo y del techo. Para hacer todo eso disponía, no sólo de tiempo y de experiencia, sino de unos aparatos de control especialmente diseñados por él y que muchos técnicos de Detroit hubieran envidiado.

Por fin pareció satisfecho. El «Cadillac» en que iba a viajar estaba en condiciones. Se llevó la mano a la funda sobaquera, comprobó que su pistola de tiro rápido estaba a punto y se sentó ante el volante. Con un gesto lleno de elegancia, el especialista en evitar crímenes, dio contacto y salió.

Liberman, el asesino mejor pagado de los Estados Unidos, dijo,

desde la ventana:

—Supongo que el presidente del país sabrá esto.

—Sí, claro que deberá saberlo, pero cuando ya esté hecho. Él no toma esta clase de decisiones —explicó otro de los hombres que estaban en la habitación—. Hay técnicos que las toman por él. El presidente Ford se limitará a conocer el hecho, que es necesario e inevitable para la buena marcha del país. Puede que no le guste, pero no tendrá nada que oponer.

Liberman sonrió.

—Espero que me mejore el sueldo —dijo.

Los otros tres individuos que estaban con él seguían mirándole con asombro. Uno de ellos musitó:

—Pero ¿estás seguro de que va a morir? ¿Qué has hecho? ¿Colocar un francotirador en la autopista?

—No. Nadie va a disparar un tiro. A Oswald nadie va a tocarle.

Y, encendiendo calmamente un cigarro, salió de allí después de mirar su reloj de nuevo. Los otros le siguieron como fascinados. También eran asesinos, aunque no de tanto rango, y también conocían, a la perfección, las técnicas del atentado personal. Pero lo que no podían imaginar era cómo iba a ser liquidado sin un disparo, sin una bomba y sin un solo gesto, un técnico en seguridad, un especialista en evitar que matasen a los otros.

Los cuatro asesinos salieron de la casa. Ésta era un elegante chalet situado entre la calle Markett y las pistas de tenis del club Waiswater, teniendo a ambos lados grandes masas de vegetación. Cuatro conductores uniformados se acercaron diligentemente para abrir las puertas de cuatro coches pagados por el presupuesto de los Estados Unidos.

Liberman dijo:

—Perfecto.

Y se acomodó en el «Mercedes». A él le gustabas los coches europeos, y en eso el Gobierno le complacía. No se podía discutir por detalle de más o menos cuando se trataba de ejecutores tan perfectos como él.

Volvió a mirar su reloj con un gesto de complacencia.

—Las cuatro y media —dijo—. A menos que el sol se pare...

El sol no se paró. Una de las pocas cosas con que podemos contar los hombres, en este perro mundo, es que el sol seguirá su

curso. Y mientras rodaba a gran velocidad por la autopista, sacando todo su provecho al potente motor del «Cadillac», Oswald suspiró satisfecho, también, y miró el cuenta-millas. Llevaba una marcha fantástica y, además, con una enorme comodidad. El día era delicioso.

Conectó la radio. Estaban ofreciendo el parte meteorológico:

«... Buen tiempo, con cielos completamente despejados en todo el Sur, especialmente Alabama, Georgia, Florida, Luisiana y Texas...»

A bastantes millas de allí, en un hotel de Louisville, en una amplia habitación, en la que flotaba una luz rosada, Liberman apartó un poco a la negra que le estaba dedicando lo mejor de sus caricias y murmuró:

—Espera.

—Pero ¿qué te pasa, amor?

Era una negraza tensa, atlética, casi enorme, pero perfecta. No tendría más allá de diecinueve años.

—Van a dar el parte meteorológico —explicó Liberman.

—¿Y a ti qué te importa, amor? ¿Es que estamos en un parque? No creo que llueva aquí dentro.

Él no hizo caso y conectó la radio. Sonrió cuando supo que el sol iba a seguir completamente despejado en Alabama, Georgia, Florida, Luisiana y Texas.

Luego miró su reloj.

—Perfecto —dijo con una sonrisa que hizo brillar sus dos dientes de oro—. Las cuatro y media...

Oswald consultó, también, el reloj del coche. Llevaba un promedio perfecto. Pensó en sus vacaciones de Florida y sonrió. Hizo un guiño y entonces vio el sol.

Allí estaba. El padre Sol.

Enorme. Tan hermoso como solo es posible verlo en el Sur.

Rojo.

Oswald entornó los párpados.

Tendió la mano derecha.

No sonó ningún disparo.

Ninguna explosión.

Nada.

Pero entonces llegó la muerte.

CAPÍTULO II

MORIRÁ ANTES DE LAS DOCE

Desde la ventana principal de su apartamento de dos habitaciones, con puertas y cristales a prueba de balas, Colbert contempló la calle silenciosa. Había anochecido y todo estaba tranquilo en aquella parte del sur de Dallas. Corrió las cortinillas y revisó, una vez más, todos los sistemas de seguridad de que disponía aquel refugio en el que se sentía invulnerable.

En primer lugar, nadie haría volar el edificio entero, ya que en el piso inferior había una guardería de niños que pasaban allí la noche, y ése hubiera sido un crimen monstruoso que los organismos oficiales de los Estados Unidos nunca cometerían. Los organismos oficiales de los Estados Unidos querían matarle a él, pero su muerte tenía que ser «limpia», es decir, no podía alcanzar a nadie más.

Partiendo de la base de que el edificio no volaría, Colbert se concentró en el examen de su apartamento. Tenía allí comida y bebida, de modo que podía estar sin salir varias semanas. También podía subsistir durante semanas, sin que nadie hiciera la limpieza. Puertas y ventanas eran invulnerables. Un circuito cerrado de televisión le avisaba cuando alguien pisaba su descansillo y se acercaba a la entrada del apartamento. Todas las paredes de éste estaban forradas de acero, de modo que nadie podía hacer un hueco desde los otros pisos. Era como vivir dentro de una caja fuerte.

Para que nada faltase, Colbert disponía de un verdadero arsenal: una ametralladora ligera, dos pistolas, un rifle con mira telescópica y hasta una granada de mano. Si un comando intentaba asaltar aquello por las buenas, iba a tropezar con una barrera de fuego superior, relativamente, a la que se encontraron los aliados al desembarcar en Normandía o los alemanes al presentarse ante

Stalingrado.

No había modo humano de matarle.

Y él lo sabía.

¿Animales venenosos en su apartamento? ¿Podía haberlos introducido alguien?

Imposible. Su perro *doberman* los descubriría. Estaba tan habituado a detectar olores, que el simple paso de una persona sudorosa por la calle le ponía alerta.

Conectó la televisión y escuchó las noticias.

Era una de aquellas noticias, el día antes, lo que le había traído allí. Cuando él estaba en Chicago y la televisión le informó de que Oswald, uno de los técnicos en seguridad de que había dispuesto el presidente Nixon, acababa de matarse en un accidente de automóvil, en la autopista de Florida, Colbert supo enseguida que aquello no era casual. Le parecía increíble que alguien hubiera podido matar a Oswald, que se las sabía todas, pero no había que darle vueltas a aquello. Lo cierto era que Oswald estaba muerto y él iba a ser la próxima víctima.

Por eso había volado en el primer avión a Dallas, a su refugio especialmente preparado, que era el lugar más seguro que conocía. A Oswald habían podido matarle porque le cazaron fuera de su casa, pero con él no ocurriría lo mismo. Él no iba a salir en tres o cuatro semanas, hasta que el horizonte se despejase.

Llevaba sólo una hora allí, pero ya estaba relajado por completo. Se sentía seguro, sosegado, tranquilo. Durante el viaje desde Chicago había pasado auténticas pesadillas porque pensó que iban a disparar contra él desde cualquier sitio, pero nada había ocurrido. Ahora, por fin, estaba en paz.

No se dio cuenta de que al otro lado de la calle se detenía un coche, un magnífico «Mustang» último modelo. Cuatro hombres estaban en su interior. Los cuatro, sobre todo uno de ellos, podían considerarse los asesinos mejor pagados de los Estados Unidos.

Los cuatro llevaban documentos oficiales.

Los cuatro percibían altos honorarios a cuenta de los fondos secretos de la CIA.

Sobre todo Liberman, el hombre que prefería las mujeres negras a las blancas, porque decía que las negras conservan intactas todas las sabías virtudes de la Naturaleza; unas virtudes que las blancas

han perdido. Encendió lentamente un cigarro y musitó:

—Antes de media noche.

Los otros le miraron con asombro. Le habían mirado con asombro también cuando anunció que Oswald moriría a las 4,30, y Oswald había muerto a las 4,30 casi en punto. Todavía no se habían repuesto de su incredulidad, de su pasmo; de su miedo, en cierto modo. Porque había momentos en que no sabían si estaban ante un hombre o ante un brujo.

—Puede que aguante más, pero...

—Pero ¿qué? ¿Y qué es lo que ha de aguantar?

—¡Je, je...! Es muy sencillo.

—Será muy sencillo, pero *¿qué es, Liberman?*

El asesino mejor pagado de los Estados Unidos dio una chupada al habano, que le traían especialmente desde Venezuela desde que las cosas se pusieron difíciles con Fidel, y puso la radio. Esta vez no esperaba el servicio meteorológico, no esperaba nada. La música de Haendel en un concierto de cámara, le extasió.

Los otros tres vibraban.

—Oye, Liberman, tienes que matar a Colbert también —dijo uno de ellos—, pero la casa es una fortaleza. No existe la posibilidad de colocar bombas, ni de disparar, ni de enviarle una comida envenenada, ni tan siquiera de verlo... Nosotros estamos aquí y no hacemos nada. NADIE PUEDE HACER NADA. ¿Cómo infiernos va a morir?

—Morirá —dijo Liberman, tranquilamente—, y su muerte será rápida, pero, aun así, será horrible.

Los tres se miraron atónitos.

No lo entendían, y eso que eran profesionales. Sus técnicas, practicadas en todos los rincones del mundo, se concretaban en el disparo, en el puñal, en el veneno, en la bomba... Pero Liberman, ¿qué hacía? ¿Es que los mataba con el pensamiento?

El asesino musitó:

—Son las once y media. Yo creo que no va a tardar ni media hora.

Y se retrepó en el asiento. Se sentía bien allí, tan quieto, tan confortable, envuelto por el humo del habano y por la música de Haendel. Cuando las manecillas estaban a punto de dar las doce, murmuró:

—Bueno, más o menos, ahora debe ser.

En efecto, ERA.

Colbert se había levantado de su asiento, al terminar el programa de televisión. Desconectó el aparato (previamente se había asegurado de que no podía quedar electrocutado por ningún concepto, mediante un controlador especial de tensión) y se preparó un *whisky*. Lo bebió despacio y notó que el sueño le iba invadiendo. No en vano la tensión se le había hecho insoportable durante las últimas horas e, incluso, la noche anterior no había podido dormir, pensando en cuándo se encontraría en su refugio de Dallas, único sitio en el mundo donde nadie le podría matar.

Decidió irse a la cama.

Conectó el equipo de *hi-fi* para tener un poco de ambiente. Todo allí era magnífico. Dejó el vaso sobre una repisa y fue al cuarto de baño. Antes de acostarse se limpió los dientes. Dieron las doce de la noche en la torre de una iglesia cercana.

Luego se desabrochó, para orinar, antes de acostarse. Exhaló un suspiro de alivio porque por primera vez en muchas horas se sentía relajado, tranquilo, bien...

Y de pronto AQUELLO llegó.

No supo cómo.

De pronto, en silencio, todo su cuerpo salió proyectado contra la pared.

De pronto llegó la muerte.

CAPÍTULO III

MORIRÁ A LAS 11,25

Liberman, el asesino mejor pagado de Estados Unidos, abandonó el dormitorio del hotel de Washington donde había estado con una mujer negra; se dirigió a su coche cuya puerta le estaban abriendo respetuosamente y se hizo conducir a un departamento cercano al Capitolio, donde aparentemente funcionaban los archivos judiciales de casos anteriores a 1925. Pero, en realidad, los archivos no eran archivos ni los archiveros eran archiveros, sino que allí se movían algunos de los mejores agentes adscritos al servicio de contraespionaje de Estados Unidos.

Lo mismo hombres que mujeres, pese a que fingían vivir solo para los viejos folios de papel sellado, eran expertos en kárate, en tiro, en idiomas, en criptografía y en derecho. Algunos de los más brillantes cerebros de la CIA se movían allí, tras aburridas mesas de despacho y entre gafas de montura gruesa, que a un observador atento le hubieran sugerido, enseguida, la idea de complejos aparatos para emitir y recibir órdenes. Y no hubiera errado mucho.

Uno de los más astutos cerebros era Conrad, que llevaba varios años allí al frente del Servicio de Operaciones Especiales. Él tenía poderes que no tenía el propio presidente de Estados Unidos.

Liberman entró en su despacho.

Conrad le miró con ojos de pez, desde más allá de sus gruesas gafas. Luego le hizo sentar.

—¿Ha tenido buen viaje, Liberman? —preguntó.

—Sí... Buen viaje. El vuelo desde Dallas ha sido divertido.

—Celebro que haya acudido, enseguida, a mi llamada.

Y se tensó un poco el chaleco para disimular el hecho de que el estómago empezaba a abultarle. A sus cuarenta y cinco años,

Liberman había empezado a descuidarse un poco. Puso sus ojos en las posaderas de una empleada que trabajaba a lo lejos, más allá de la puerta, y susurró:

—¿Nueva?

—No. Hasta hace poco estuvo trabajando en Jamaica. Y ahora tiene orden de protegerle a usted, Liberman.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Va usted a morir.

Liberman ni siquiera pestañeó. La voz había sido cortante y seca, y las palabras no resultaban muy estimulantes que digamos, pero, al menos, aquél era un lenguaje que entendía. Sin alterar la voz, preguntó:

—¿Por qué?

—Hemos tenido que informar al presidente de Estados Unidos.

—¡Ah, claro!; era natural.

—Usted sabe que tenemos nuestras propias leyes y nuestras normas de servicio. Todo peligro real para el país debe ser implacablemente eliminado. Hay asuntos en que no pueden intervenir los tribunales ni los organismos oficiales ajenos a nosotros, porque detrás de ellos existen gravísimos secretos. El presidente, como jefe del poder ejecutivo, se entera de los servicios que hemos realizado citando ya está hecho todo. Raramente interviene antes, puesto que desconoce muchos detalles del sistema. Todo el mundo sabe que la CIA es un poder dentro del poder, y que tiene sus propias normas.

Liberman cabeceó.

—¿Para qué me explica eso? Llevo veinte años metido en este oficio —protestó.

—Sólo para que sepa que hemos actuado como tenemos por costumbre. Pese a nuestras buenas relaciones actuales con la Unión Soviética, los servicios de espionaje continúan. Ellos nos miran a nosotros y nosotros a ellos. Un exceso de confianza, un descuido, sería inadmisible.

—También sé eso. ¿Por qué me lo cuenta?

—Oswald y Colbert eran agentes dobles. Trabajaban para nosotros y para los rusos. Desenmascararlos y someterlos a proceso hubiera significado desenmascarar, también, a muchos hombres de nuestra organización que habían tenido que entrar en contacto con

ellos para descubrir su juego. Y hubiera planteado, incluso, problemas diplomáticos, porque uno de ellos había logrado pasar a ser ciudadano soviético. No quedaba más remedio que eliminarlos discretamente y dar luego cuenta al presidente Ford. Pero éste no aprueba muchos de los métodos de la CIA. Usted lo sabe. Siempre está alerta.

Liberman susurró:

—¿Lo ha tomado por la tremenda?

—Casi diría que sí.

—¿Por qué?

—Los hechos consumados no le gustan. Quiere información previa y tomar todas las decisiones él.

Liberman se encogió de hombros.

—Supongo que eso significa —dijo—, que voy a tener que estar fuera de la circulación una temporada, hasta que se olvide de mí.

—Sí.

—Pero ¿por qué ha dicho que voy a morir?

Conrad se quitó un momento las gafas en cuya gruesa montura existía un transmisor-receptor que funcionaba por sistema Morse. Con voz sin matices, susurró:

—Usted es el asesino mejor pagado de Estados Unidos, Liberman, y ha matado por nuestra cuenta en todas las partes del mundo, pero a los rusos les ha sentado mal la muerte de esos dos hombres. Sobre todo, la de Oswald, que era ya ciudadano soviético aunque oficialmente eso se ignora. Temen que usted acabe con todos sus enlaces y con toda su red. Se dan cuenta de que sólo usted puede hacerlo.

Liberman sonrió.

—Es un gran honor —dijo.

—De acuerdo, pero van a tratar de eliminarle.

—¿Sí? ¿Quién?

—El asesino mejor pagado de la Unión Soviética.

Liberman arqueó una ceja. Antes no había demostrado el menor interés, ni siquiera cuando se habló de su muerte, pero ahora pareció excitado, de pronto. Aquello de un rival tan directo había hecho renacer en él algo que parecía dormido. Mientras apoyaba las manos sobre la mesa, susurró:

—¿Quién es?

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo saben que existe?

—Sencillo: entre los asesinos siempre existe un número Uno.

—¿Y quién ha dicho que ha venido aquí?

—Uno de nuestros hombres en Moscú nos informó. Ésos son todos los datos que tenemos: que el número Uno había salido y que venía a por usted. Por lo visto, ciertos servicios secretos del Kremlin. —Que el propio Breznev sólo debe controlar de una manera muy indirecta, como aquí le ocurre al presidente Ford—, se han puesto en movimiento. Van a dar la respuesta. Van a tratar de salvar lo que queda de su red de espías dobles, haciendo que usted se vaya al infierno, Liberman. Estoy seguro de que lo matarán antes de las próximas cuarenta y ocho horas.

La advertencia hubiera helado la sangre al noventa y cinco por ciento de los hombres de este planeta, pero Liberman no pareció inmutarse. Solamente su cerebro se puso a trabajar como una computadora para tratar de hallar soluciones. Al fin musitó:

—La casa de Luisville.

—Pensaba en eso —dijo Conrad.

—Es el sitio más seguro que conozco. Los hombres de la CIA se suelen reunir allí. Puede estar tan vigilada como el oro de Fort Knox, de tal modo, que es imposible que en su interior me maten.

—Ha acertado. Hemos decidido que esté allí un par de semanas por lo menos, Liberman. La casa ha sido revisada desde el tejado a los sótanos. No hay trampas, no hay bombas, no hay nada. Hombres especializados de toda confianza vigilarán día y noche mientras usted esté allí. Ni en el interior del propio despacho presidencial se podría sentir tan seguro.

—Lo sé.

—Saldrá dentro de treinta minutos.

—¿Por qué, dentro de treinta minutos? —preguntó Liberman, que en cierto modo empezaba a sentirse nervioso—. En estas oficinas hay docenas de personas a las que no conozco, y que en un descuido podrían disparar contra mí. Una avioneta privada me llevaría a Luisville enseguida. ¿Por qué no salgo, ahora?

—Porque quiero pedirle un favor, Liberman.

—¿Qué favor?

—Tiene que explicarme cómo lo hizo.

—¿Hacer qué?

—No se haga el inocente ni el distraído, Liberman. Usted lo sabe muy bien. Nadie se explica cómo mató a aquellos hombres.

—Tengo mis propios métodos —dijo el asesino.

—Pero no hay ninguna lógica... Usted estaba a muchas millas de distancia cuando Oswald se salió de la autopista, dio varias vueltas de campana y se convirtió en papilla, a bordo de su «Cadillac». Los técnicos examinaron el coche, y no se lo explicaron. Dirección perfecta, ruedas intactas, frenos en excelente uso... La autopsia del cadáver demostró que no había bebido ni estaba drogado. Entonces, ¿POR QUE?

Liberman dijo, sencillamente:

—Lo mató el sol.

—¿Qué dice...?

—El sol de las 4,30 de la tarde. Yo lo había calculado bien.

—Está loco, Liberman. ¿Qué tiene que ver eso?

—A la velocidad que iba y por la ruta que iba —dijo el asesino, con una voz sin matices—, hacia las 4,30 estaría el sol lo bastante bajo como para que le diera en los ojos a través del parabrisas. Oswald viajaba en dirección al este, o sea que tendría de frente el sol, que avanza hacia el oeste. Más o menos a esa hora, Oswald tendría necesidad de hacer una cosa elemental.

—¿Qué cosa?

—Bajar el protector de encima del parabrisas, para que el sol no le diera de frente y no le deslumbrase.

—Bueno... ¿Y eso qué?

—Era la única manipulación que yo había hecho —explicó Liberman—. Estaba seguro de que allí no iba a mirar cuando lo revisara todo.

—¿Y qué... qué había allí?

—Una serpiente coral, enrollada. Las serpientes coral son venenosas unas y otras no, pero la verdad es que apenas se diferencian. Se las encuentra en Brasil, de donde me la hice traer, y algunas tienen un tamaño de palmo y medio. La elegí entre las que no son venenosas; no fuera que yo tuviese un accidente al manejarla. Conrad notó unas gotitas de sudor en la frente.

—¿Y qué hizo con ella? —preguntó, sintiendo que, por el contrario, se le había secado la boca.

—La pegué, con adhesivo de plástico, a la parte posterior del parasol, o sea a la parte que queda oculta. Estaba tan bien colocada e inmóvil, que era imposible que se notara su presencia, pero el bicho estaba vivo y rabioso. ¡Y tan rabioso...! La cinta adhesiva que inmovilizaba a la serpiente, pegaba también el protector a la moqueta del techo, de tal modo, que había que hacer un pequeño esfuerzo para despegarla de allí al querer bajarla, pero Oswald sólo debió notar que iba un poco dura y ya no tuvo tiempo de rectificar, cuando hubo dado el tirón. Porque, al despegarse el parasol de la moqueta del techo, las tiras saltaron e hicieron que la serpiente quedase libre. El bicho cayó materialmente, vibrando como un alambre, sobre la cara o sobre el pecho de Oswald. No había peligro, porque el animal no era venenoso, pero Oswald no lo sabía. Su primera reacción fue de horror, y su segunda reacción consistió en sacudírselo de encima. Viajaba por autopista y a la máxima velocidad... Un fallo en esas condiciones no perdona, aunque sea de décimas de segundo. El bólido se estrelló contra la cinta protectora, salió despedido, dio varias vueltas de campana y convirtió a Oswald en una sucia tortilla roja. Por descontado que la pequeña serpiente escapó por cualquier resquicio, de modo que los policías encargados de la investigación no encontraron, después, ninguna huella. Y así están aún. Un accidente que nadie se explica. La serpiente, completamente inofensiva, debe andar ahora por las cercanías de la autopista, buscando conseguir una buena cena a costa de alguna rata. ¿Satisfecho, Conrad?

Conrad estaba asombrado.

Asintió con un movimiento de cabeza, sintiendo que le dolían, a causa de la tensión, hasta los músculos del cuello.

Luego balbució:

—Comprendo que sea... el asesino mejor pagado de Estados Unidos, Liberman.

—¿El mejor pagado? Si no me dan pronto un aumento de sueldo, me moriré de hambre.

Conrad cerró los ojos.

Sus dedos temblaban.

—Pero hay otra cosa inexplicable —dijo.

—¿Cuál?

—La muerte de Colbert.

—¡Oh...! La muerte de Colbert... ¡Bueno!; ésa era mucho más segura que la otra, porque lo de Oswald me podía fracasar, con sólo aparecer unas cuantas nubes. Pero lo de Colbert no me podía fallar de ningún modo. Nunca.

—¿Por qué no?

—Porque todos los seres humanos orinan.

—¿Qué...?

Conrad estaba petrificado. Bisbiseó:

—Eso es natural, pero ¿qué tiene que ver?

—Muy sencillo: Colbert orinaría antes de acostarse, hacia medianoche. A esa hora moriría con toda probabilidad.

—Pero ¿por qué razón? ¡En nombre del infierno...! ¿Por qué razón?

—También se lo voy a explicar —dijo Liberman, calmamente—, porque usted es mi superior y debe saberlo. La manipulación que hice en el apartamento de Colbert, donde sabía que acabaría ocultándose, fue sencilla: aproveché los cables del aparato de aire acondicionado que había en la ventana del cuarto de baño y situé en el exterior una pequeña bobina para que la corriente fuera siempre de alta tensión, como ocurre en los automóviles. Era natural que en una especie de fortaleza cerrada como la que tenía Colbert, los aparatos de aire acondicionado, de modo que ése era un factor con el que podía contar. Esos cables que transmitían corriente de alta tensión los pasé por detrás de la taza del inodoro, practiqué dos pequeños orificios en la porcelana de éste e introduje dichos cables, todo ello con la corriente desconectada, como es natural. Luego taponé bien esos orificios con plástico para que no se produjera ninguna fuga de líquido. O sea, que tenía dos cables conductores de alta tensión que entraban en la taza del W.C.

Apoyó ambas manos sobre la mesa y prosiguió, con la expresión más calmada del mundo:

—Esos cables asomaban por el fondo del desagüe, y sólo sus puntas estaban descarnadas para que se produjese el contacto; pero, por supuesto que no estaban juntas. Las puntas de metal descarnado quedaban por encima del nivel del líquido del sifón. Al estar separadas, no se producía ninguna chispa. Hubieran podido estar allí, durante meses, sin ningún peligro, mientras nadie usase aquel W.C.

Hizo una mueca burlona, mientras añadía:

—Pero cualquier líquido que se derramase sobre los dos cables, servía de contacto entre éstos y, por lo tanto, saltaba la chispa. Ese líquido podía ser, perfectamente, la orina de un hombre. ¿Y qué pasa en un caso así? *Pues que existe una línea continua entre la chispa y la vejiga de ese hombre*, puesto que la electricidad sube por el chorro de la orina (al cual sirve como un cable más) y penetra en la vejiga. Es como si a la víctima le hubieran introducido un tubo eléctrico en ella. La muerte resulta fulminante.

Conrad estaba materialmente petrificado. Sentía una especie de admiración, de asco y de horror al mismo tiempo, ante la simple presencia de aquel hombre.

—Es espantoso... —balbució.

—Todas las muertes son espantosas, Conrad. Lo que importa es que no fallen.

Y añadió, como si ya diera aquellos asuntos por olvidados, dando la sensación de que para él no habían existido nunca:

—Estábamos hablando de la casa de Luisville. Había de salir para allí, en treinta minutos, de los cuales ya han pasado quince.

—Va a irse inmediatamente, Liberman, para estar retirado de la circulación el tiempo que haga falta. Puede que un tipo como usted de náuseas, pero es necesario para un país tan complicado como éste. Nos interesa conservarlo. ¡Ah...! Creo que había olvidado decirle una cosa.

—¿Qué?

—No sé si le he dicho que estará protegido.

—Me lo ha dicho.

—Bueno, pero no estará protegido por un cualquiera. Pondremos en órbita al Número Uno de Estados Unidos. Si el Número Uno de la Unión Soviética viene a liquidarle, es justo que se encuentre con un rival a su medida. El mejor especialista en protecciones de que disponemos estará al cuidado de la casa de Luisville.

—Creí que el mejor especialista en protecciones era Oswald, el que yo eliminé —musitó Liberman.

—¡Oh, *lo había sido*! Ya no lo era. Sus técnicas resultaban algo anticuadas, ¿sabe? Lo habían puesto al servicio de Nixon, pero el presidente Ford tiene a alguien mejor. Conseguiré que nos lo ceda

para protegerle a usted, Liberman.

—Es un gran honor —dijo el asesino mejor pagado de Estados Unidos.

Y se puso en pie. Sabía que, por lo menos, iba a estar dos semanas en Luisville, sin poder moverse de la casa, acorralado del mismo modo que lo había estado Colbert. Pero a él no le atraparían; él no caería en ninguna trampa. Puso uno de los habanos entre sus labios y suspiró.

—Para que los días no se me hagan tan insoportables, necesitare algo.

—¿Qué? —preguntó Conrad.

Y Liberman contestó, guiñando un ojo:

—Una buena colección de negras...

CAPÍTULO IV

UN JUEGO DE CABALLEROS

Liberman, situado tras la ventana de la sala de estar, miró su reloj. Eran las once. Según la predicción de Conrad, le faltaban veinticinco minutos para morir.

Él era un hombre muy exacto, muy amante de los detalles, y se fijó en las manecillas del reloj cuando Conrad, en Washington, le dijo que le faltaban cuarenta y ocho horas para morir. Eran en aquel momento las 11,25. De las cuarenta y ocho horas, habían pasado más de cuarenta y siete y media, puesto que ya llevaba dos días escondido en Luisville. Si la profecía de Conrad había de cumplirse, a él le quedaba muy poco tiempo de vida.

Sin embargo, Liberman no estaba asustado; ni siquiera inquieto. La casa en que vivía era una fortaleza, y sus sistemas de seguridad dejaban pequeños a los sistemas de seguridad del apartamento de Colbert. Allí no había cables eléctricos secretos, ni bombas ocultas, ni aparatos sin controlar. Todo había sido revisado por el propio Liberman (nadie mejor que él conocía todas las tretas diabólicas para llegar al crimen) y, por lo tanto, todo ofrecía una seguridad absoluta.

Para que nada faltase, tres hombres se turnaban para vigilar atentamente en el jardín, día y noche. La comida era preparada con provisiones que ya estaban en la casa. Y la cocinera era una mujer de absoluta confianza; una negraza de veinte años que había empezado sus servicios espionando a los chinos en la embajada de éstos en Argel, y sirviendo precisamente como cocinera. Claro que éste no era su único cometido.

También estaba obligada a ser amable con Liberman, siempre que éste se lo pidiera, a fin de que el agente no tuviera la tentación

de traer otras mujeres. A la negraza, tampoco le molestaba ese trabajo extra, puesto que en Argel, y siempre por motivos de trabajo, se había mostrado complaciente con media ciudad.

En ese momento, mientras Liberman estaba en la sala, ella salía de la ducha. Su cuerpo escultural y poderoso, de auténtica luchadora, destacó sobre las paredes blancas como un pedazo de ébano. Lo único que le molestaba a Liberman de las negras es que tienen las plantas de los pies, las manos y todas las partes de la piel que se rozan, de un desagradable color ceniza. Pero cuando estaba entusiasmado no reparaba en esos detalles, de modo que sólo se fijó en la majestuosa figura que ahora avanzaba hacia él.

Mientras se secaba, ella musitó:

—¿Cansado?

—No, no... Sólo siento curiosidad.

—¿Curiosidad de qué?

—No hay motivo para que tú no lo sepas, puesto que vives aquí. Yo he deshecho una red de agentes dobles que trabajaban para los rusos, y a los rusos les ha molestado mi forma de actuar. Piensan que, mientras yo viva, sus agentes lo van a pasar mal en todo el territorio de Estados Unidos.

—Y han decidido matarte... No es ningún secreto. Supongo que no estás encerrado aquí por deporte, ¿verdad?

—Han decidido matarme —dijo Liberman, como si hablara consigo mismo—, pero no por medio de un cualquiera. Han resuelto enviarme a su mejor especialista.

—¿Quién es?

—No lo sé. No lo sabe nadie, naturalmente. Cualquier tipo procedente de cualquier país, con cualquier pasaporte falsificado que haya entrado en los últimos días por cualquier aeropuerto de Estados Unidos.

—De modo que está aquí...

—Cuando Conrad me avisó, era porque sabía que ese hombre ya estaba aquí. Por supuesto que estaba. Pero, además, debió obtener alguna información más, que no me quiso aclarar demasiado, y según la cual yo moriría en las próximas cuarenta y ocho horas. Para que se cumpla ese plazo faltan exactamente... —Miró su reloj—. ¡Hum...! Veinte minutos.

Y sonrió, mirando con complacencia a la negra. No había razón

para que pensase en la muerte, desde luego. Estaba convencido de que no iba a morir.

—Lo curioso —dijo—, es que me protege el Número Uno de Estados Unidos.

—¿Quién es?

—Tampoco lo sé. Hay muchas personas que me protegen, por supuesto. Incluso una mujer que estaba en Washington y que había trabajado en Jamaica, pero ésa es gente del montón. El que realmente ha de velar por mi vida es el Número Uno, al que seguramente no llegaré a ver nunca.

Y se puso en pie.

Miró por la ventana, nuevamente.

Y fue entonces cuando vio aquella cosa inexplicable.

¿Inexplicable...?

Bueno, quizá no lo era. En las pistas de tenis del club privado que estaban situadas a poca distancia, en la parte trasera de la casa, y que los altos árboles impedían ver, se estaba desarrollando una partida. Normalmente, desde allí no hubieran debido verse las pelotas porque los árboles estaban en medio. Pero, sin embargo, se veían. Desfilaban, una y otra vez, ante las ventanas de la casa.

Liberman arqueó una ceja.

Los jugadores debían ser muy malos, puesto que se enviaban uno al otro aquellos *globos* casi absurdos. ¿Pero eran tan malos, realmente?

¿O bien había algo más?

¿No podían ser dos cómplices?

¿No podían ser el Número Uno de la Unión Soviética, y su ayudante?

¿No podía contener la pelota de tenis una diminuta cámara fotográfica muy bien protegida, y con cuatro objetivos para que pudiera tomar vistas de los cuatro puntos cardinales, mientras estaba en el aire?

¿No le estarían observando con ella? ¿No tomaban, así, las medidas de los puntos vulnerables de una casa que, de otro modo, no hubieran podido ver?

Liberman sintió que unas gotitas de sudor perlaban su frente.

Lo que estaba viendo era, inevitablemente, la primera fase de su propia muerte.

Ante todo, su enemigo ruso debía observar bien la casa, documentarse sobre ella y conocer los puntos débiles de la estructura. Puesto que un crimen de categoría no se comete por casualidad, necesitaba obtener una perfecta colección de fotografías. Ésa sería su base de partida.

Los nudillos de Liberman crujieron.

Una sonrisa burlona asomó a sus labios, mientras pensaba que su enemigo no debía ser tan listo como le habían dicho. Si había pensado que Liberman no notaría aquellas extrañas boleas, iba arreglado. Por el contrario, aquellos movimientos de la pelota habían permitido localizarle, lo cual significaba su fin.

La negraza no se había dado cuenta de nada. Se estaba vistiendo.

—Hace calor, aquí —dijo, mientras se ponía un vestido color naranja sobre su morena piel—. ¿Funciona el aire acondicionado?

—Perfectamente.

—Bueno... Oye, ¿qué te pasa que estás tan quieto?

—Vas a hacerme un favor, morenaza.

—¿Cuál?

—Él tenis se ha popularizado ahora mucho, quizá demasiado, pero sigue siendo un juego de caballeros, ¿no?

—Bueno, en parte sí.

—Pues di a los dos guardianes que hay junto a la puerta, que vayan a la pista número tres del club privado que hay enfrente. Tiene que detener a los dos «caballeros» que están jugando en ella.

—Comprendo. ¿Se lo digo por teléfono?

—No, porque el aparato que está fuera, y que ellos tienen a su alcance, sonará y alguien puede notarlo. Es posible que la casa esté vigilada a distancia por medio de un telescopio de tamaño medio, y alguien avise a esos tipos por radio. Sales fuera y les haces señas desde el jardín, entre los árboles. Nadie podrá verte, allí. Supongo que te entenderán.

—Naturalmente. A todos les han enseñado el lenguaje de los mudos por si acaso.

—Pues arreando. Y no vuelvas a esta habitación.

—¿Cómo te aviso cuando los detengan?

—Entonces ya no importará que alguien lo vea. Me llamas por el teléfono exterior que hay junto a la puerta.

—Bien —dijo la negraza.

Y salió con su agilidad de pantera. Un momento después se oía el chasquido de la puerta en la planta baja. Liberman se acercó a la ventana, junto al aparato de aire acondicionado, y vio que la pelota seguía desfilando de un lado a otro, por encima de los árboles. Dos jugadores tan malos y que siempre hicieran lo mismo, no podían existir.

Sonrió.

Bueno, ya estaban listos.

El Número Uno de la Unión Soviética había durado muy poco.

Se sirvió una copa y siguió mirando a través de los cristales a prueba de balas. La pelota ya no voló más, lo cual significaba que los dos tipejos habían dejado de jugar. Seguramente ya estaban detenidos.

Brindó.

—Por el Número Uno —dijo burlonamente.

En aquel momento sonó el teléfono.

Lo descolgó con la misma sonrisa burlona en los labios. Era la voz de la negraza.

—Lo siento —dijo aquella voz.

—¿Qué?

La sonrisa de Liberman se había borrado. Insistió bruscamente:

—¿Qué...?

—No ha sido cosible detenerlos. Se habían ido ya.

—¿Qué se habían ido...?

—Sí. En las pistas no había nadie.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Es que lo sabían...?

—No, claro que no podían saberlo, pero...

Liberman colgó. Estaba rabioso. Empezaba a tener la confusa sensación de que aquello podía ser una trampa.

Sin embargo, no podían matarle. Por muchas combinaciones de pelotas de tenis que hubiera ideado el Número Uno, no podía matarle. No podía... ¡NO PODÍA!

Y de pronto se volvió.

De pronto LO SUPO.

Pese a todos los sistemas de seguridad, la muerte estaba allí.

Implacable.

Lenta.

LA MUERTE...

Los ojos de Liberman se desencajaron. Por unos instantes le pareció imposible que aquello pudiera sucederle a él, precisamente a él. Lanzó un estertor, mientras sus dedos arañaban el aire.

La muerte cayó sobre él.

No podía verla, pero... ¡ESTABA ALLÍ!

Con las facciones contraídas, con los ojos salidos de las órbitas, con las manos agarrotadas a la altura de la garganta, Liberman se arrastró por debajo de los muebles. Su agonía fue rápida y violenta. Pronto su cara se transformó en una máscara de color violeta.

CAPÍTULO V

MATAD AL NUMERO UNO

El hombre vestido de negro entró con pasos medidos en aquel salón de forma oval que habían hecho famoso las portadas de las mejores revistas del mundo. Se trataba de uno de los tres centros de poder más importantes del planeta, y todo cuanto allí se decidiera tendría importancia para los seis mil millones de habitantes de nuestro globo, lo quisieran o no. Podía, incluso, decidir su muerte.

Aquel salón ovalado, con muebles ligeramente pasados de moda y que la mejor tradición política quería que no fuesen cambiados, era el despacho del presidente de Estados Unidos. Los otros dos centros de decisión, de importancia mundial, estaban a miles de millas de allí; uno, tras las rojas murallas del Kremlin y otro en la Ciudad Prohibida de Pekín, antigua residencia de los emperadores manchúes. Pero, sin duda, este despacho oval, tranquilo, sosegado, era el que mejor conocían todos los periodistas del mundo.

El hombre que acababa de entrar no tenía cargo definido en la Casa Blanca, pero todos sabían que era uno de los informadores del presidente. Cuando el presidente lo miró, él hizo una leve reverencia y se limitó a decir, con voz opaca:

—Lieberman ha muerto.

El presidente Ford echó un poco la cabeza para atrás. Era un hombre que aún conservaba sus modales deportivos, su mirada rectilínea y sana, su aspecto de americano criado en las más severas tradiciones morales y puritanas del país. Quizá por eso infundía confianza, aunque ahora se viese ya envuelto en una dura campaña electoral para conservar el puesto de presidente de Estados Unidos.

Como hombre que estaba situado en la máxima jerarquía del país, conocía a Lieberman y conocía a otras ratas humanas

semejantes, a las que detestaba profundamente. Pero un país cuya política tenía dimensiones planetarias, necesitaba de hombres como Liberman, del mismo modo que necesitaba las armas nucleares. Y el presidente Ford también odiaba a éstas, pese a lo cual, autorizaba que cada año se gastasen miles de millones en hacerlas más perfectas, más mortíferas, más crueles.

Mientras apartaba un poco los papeles en que había estado trabajando, preguntó, con expresión helada:

—¿Quién le ha informado?

—Conrad el jefe de control, desde la sección siete. La noticia ha llegado hace apenas dos minutos.

—No voy a ser ahora, hipócrita, y ponerme lamentar la muerte de Liberman —susurró el presidente—. Era un asesino a sueldo, aunque el sueldo lo pagáramos nosotros por razones de seguridad nacional. Pero últimamente le habían encargado dos trabajos perfectamente sucios, como fue matar a dos agentes dobles. Si yo hubiese tenido conocimiento de eso con anterioridad, lo hubiera prohibido. Semejantes actos corresponden a un clima de «guerra fría» que ya no debe existir y que no hace sino enturbiar nuestras relaciones con la Unión Soviética.

—En efecto, se han enturbiado bastante —dijo el hombre vestido de negro—. A nivel de espías, es como si se hubiera declarado una guerra.

—¿Por qué?

—Los rusos enviaron a su Número Uno, a matar a Liberman.

El presidente hundió un momento la cara entre sus dos manos abiertas. Pareció, durante algunos segundos, completamente perplejo, como si aquella idea no acabara de penetrar en su mente. Luego preguntó:

—¿Quién es?

—Por supuesto, no lo sabemos.

—¿Nuestros hombres, en Moscú, no han informado?

—Sólo han dicho que lo habían enviado aquí. Es todo.

—¿Y cómo ha conseguido matar a Liberman? Doy por descontado que estaría súper protegido, sabiendo que el Número Uno soviético, venía a por él.

—Lo estaba.

—Pues entonces, ¿cómo lo ha hecho?

—Con una pelota de tenis.

—¿Queeeeeé...?

En la mente de aquel hombre, uno de los más inteligentes del país, no entraba aquello.

Con voz incrédula repitió:

—¿Cómo es posible?

—El Número Uno estaba jugando en Luisville, en una de las pistas de un club situado a poca distancia de la parte trasera de la casa en que se hallaba refugiado Liberman. Él, y un cómplice suyo, elevaban mucho las pelotas, de modo que éstas superaban la altura de los árboles que tapaban el edificio. Sin duda, hicieron eso para que Liberman se diera cuenta y pensara lo que pensó.

—¿Qué pensó Liberman?

—Que dentro de la pelota estaba bien protegida una cámara fotográfica especial con la que tomaban vistas de la casa. En consecuencia envió a dos hombres a detener a los jugadores. Pero éstos debían estar atentos, porque huyeron y dejaron la pista vacía. Cuando los hombres del servicio secreto llegaron, ya no vieron a nadie, allí. Con la particularidad de que se desplazaron de su sitio y dejaron al descubierto un lado de la casa.

—Voy comprendiendo... Pero aun así, Liberman seguía dentro, ¿no? Entonces, ¿cómo le mataron? ¿CÓMO?

—Lo he dicho: con una pelota de tenis. El asesino que había llegado desde la Unión Soviética llegó hasta el jardín posterior de la casa, con su raqueta y su pelota de tenis. A nadie le pudo llamar la atención, sobre todo no habiendo policías en aquel lado. Con la raqueta hizo, entonces, un lanzamiento perfecto.

—¿Es que acaso la pelota era una bomba? No pudo con ella matar a Liberman... Él estaba dentro de la casa y supongo que ésta tenía paredes muy sólidas...

—No sólo eso, sino que estaba blindada. Una bomba no hubiera hecho el menor efecto. Pero en realidad la pelota era algo más diabólico: una granada de gas que se deshizo en mil pedacitos, sin ruido, apenas chocó con la parte externa del aparato de aire acondicionado. Y por lo tanto... ¡EL GAS FUE ABSORBIDO POR EL APARATO! ¡Entró en la habitación! ¡Unos segundos después, Liberman estaba muerto!

Nuevamente el presidente Ford hundió, un momento, la cara

entre las palmas de sus manos abiertas. La mirada perdida vagó, un momento, por la habitación. Tenía un bajo concepto moral de Liberman, pero, en cambio, tenía un elevado concepto profesional, y lo consideraba invencible. Por eso le impresionaba tanto que alguien hubiera sido más listo que él, consiguiendo matarle.

—Ese hombre —dijo, al cabo de unos instantes—, no se contentará con una sola presa. Matará a otros hombres como Liberman.

—Eso es cierto. Ya que han logrado colarlo en Estados Unidos, lo aprovecharán hasta el límite. Es como cuando uno cuela un submarino en una base naval enemiga. No se contenta con hundir un solo buque.

—Resulta terrible que se haya llegado a esto...

—Usted sabe —dijo, respetuosamente, el hombre vestido de negro—, que, en realidad, nunca hemos dejado de estar así. Aunque las relaciones sean buenas, entre los espías siempre hay una guerra declarada. Igual que entre los científicos, que se apresuran a llegar antes al invento que puede ser vital.

Ford alzó la cabeza.

—Lo sé —dijo—, y en estas circunstancias solamente se puede tomar una decisión, por desagradable que sea.

—¿Cuál?

—Hundir el submarino.

—Comprendo, señor. Hay que matar al Número Uno.

—Háganlo. Y sin dilación. Antes de que sea demasiado tarde.

—Perfecto. Los servicios especiales se encargarán de eso.

Y el hombre vestido de negro se dirigió a la puerta. Pero, antes de que llegara a atravesarla, la voz le detuvo:

—No quiero víctimas inocentes, ¿comprendido? Ninguna víctima inocente.

—Claro que no, señor —dijo, untuosamente, el hombre vestido de negro—. Para algo tenemos también, nosotros, un Número Uno.

Y desapareció silenciosamente, con los brazos pegados al cuerpo. Por unos instantes dio la sensación de un buitre con las alas plegadas, mientras se esfumaba por los pasillos de la Casa Blanca.

CAPÍTULO VI

LA MUERTE TE ESTA MIRANDO

Cuando aquel hombre llegó, en la misma capital federal, a la oficina cercana al Capitolio en que se encontraba el despacho de control de Conrad, tuvo la sensación de que estaba cometiendo un error, porque en aquel sitio trabajaba ya demasiada gente. Cualquiera de aquellos hombres y mujeres podía ser un espía y dar un soplo.

Pensó que, en lo sucesivo, todo el sistema de la oficina de control debía ser cambiado, pero, por el momento, no podía prescindir de ella. De modo que se encerró unos instantes con un demudado Conrad (quien aún no había acabado de asimilar lo de la muerte de Liberman), y musitó:

—Tengo permiso presidencial para actuar. Hay que liquidar a ese hombre.

—Sí, pero ¿quién es?

—¿No tiene idea?

—No, aún no.

—Hay una buena pista: el club privado de tenis. Ese tipo necesitó hacerse socio y dar un nombre. Además, tendría un aspecto que alguien podrá describir.

—Mis hombres están trabajando en eso. Supongo que habrá dejado una serie de pistas falsas y habrá que ir separando el grano de la paja. No se podrá resolver todo en un día, pero estoy sobre ello.

—Bien... De todos modos, avise ya al Número Uno.

—El Número Uno trabajaba en eso —dijo, sombríamente, Conrad.

—¿Cómo es posible? ¿En qué?

—Protegía a Liberman.

—¡Pues sí que lo hizo bien!

—Tampoco lo hizo mal. No cometió ni un fallo. Sencillamente, el ruso supo más que él... por esta vez.

—¿Y qué ha hecho, luego, el Número Uno?

—Volvió a su base. No lo podía exhibir por ahí.

—Pues llámelo de nuevo.

—Bien. Lo haré enseguida.

—¿Qué personas están enteradas de su identidad?

—Yo solo.

—Entonces, use clave.

Conrad le miró, sorprendido, como si pensara: «¿Es que cree que soy tonto?». Luego le tendió la mano para despedirse.

—Le daré mis noticias —dijo, de mala gana.

—Hágalo. Deberé informar al presidente cada noche.

Y salió también de allí. Hacía una tarde magnífica junto a las riberas del Potomac, pero ni siquiera lo notó. Fue andando como una sombra, hacia la avenida de Pennsylvania.

Mientras tanto, Conrad se había puesto en movimiento. Él mismo escribió el mensaje según una clave personal que solamente conocían él y el Número Uno. Consistía en cinco palabras solamente. Valiéndose de aparatos fotográficos de alta precisión que tenía en una habitación adjunta, redujo por sí mismo el mensaje a un punto similar al que hubiera impreso una máquina. Luego lo pegó a una carta rutinaria que iba dirigida a una pequeña ciudad de Kansas y la mandó cursar.

Pero, por supuesto, no la envió sola, sino que la mezcló con quince cartas más, algunas de ellas más sospechosas para un espía por ir dirigidas a centros oficiales. Destruyó el negativo del mensaje y suspiró tranquilo. Al menos, por aquel lado no iba a tener más problemas.

Sin embargo, se equivocaba. Una maquinaria silenciosa, anónima, implacable, se había puesto automáticamente en movimiento cuando él dio por finalizada su labor. Las cartas fueron numeradas y cerradas por la secretaria, a continuación de lo cual cada una de ellas fue pasada por una máquina de franqueo.

Sólo la secretaria sabía que la máquina de franqueo no era la de todos los días. Que, con motivo de una reparación, dos falsos

empleados de Correos la habían cambiado. Y que volverían a traer la buena al día siguiente.

La máquina de franquear correspondencia que ahora funcionaba allí, era un pequeño milagro de la técnica. Podía obtener, a través del papel de los sobres, por medio de rayos, una verdadera imagen del papel y del texto doblados dentro. Dos segundos le bastaban para conseguir un microfilme que quedaba almacenado en un soporte.

La secretaria lo retiró sin ningún problema. Era tan pequeño, que necesitaría ser visto al microscopio, pero confiaba en que serviría. Luego fue a la máquina automática de cafés, se sirvió uno, sacó una aspirina y la tragó, pero no la tragó sola. El microfilme fue también a su estómago, envuelto en el café. Ella sabía que estaba confeccionado con un plástico especial e impresionado de un modo que ni la saliva ni los jugos gástricos o intestinales llegarían a alterarlo.

La segunda parte de la operación tuvo lugar aquella noche. No era agradable pensar en ello para una chica tan mona, pero, al fin y al cabo, se trataba de un trabajo como cualquier otro. De vuelta a casa, se tomó un purgante muy enérgico y no tardó en vaciar su intestino en una vasija especial. Ella misma extrajo el micro-filme intacto y lo lavó cuidadosamente.

Antes de las ocho, un repartidor de libros le trajo un volumen de una enciclopedia y ella le dio una propina. Junto a la propina estaba el microfilme. El repartidor de libros *lo* llevó, sin pérdida de tiempo, a uno de los laboratorios secretos más perfeccionados que había en Washington. Los microscopios electrónicos y las dos computadoras que funcionaban allí hubieran sido el orgullo de Universidades tan caras como la de Harvard, pero ya se sabe que las grandes potencias no reparan en gastos cuando se trata de jorobar al vecino. Y aquel laboratorio de súper lujo lo pagaba la Unión Soviética.

Las cartas fueron reproducidas a través del micro-filme, y una vez conseguido esto se buscó la que realmente interesaba. Ése fue un trabajo delicado y arduo, que duró gran parte de la noche.

Los especialistas en análisis fueron pasando todas las cartas por la computadora, a fin de que ésta las comparara con todas las claves hasta entonces conocidas, y que habían sido introducidas en ella

por medio de una serie de fichas perforadas. Todos los resultados fueron negativos.

Ninguna de las cartas estaba en clave, o al menos no lo estaban en claves conocidas. Como eso resultaba muy extraño, los técnicos desecharon aquel programa y se pusieron a trabajar con otro.

El segundo programa consistió en saber si en los papeles, debidamente tratados, se podían leer mensajes superpuestos. Como los investigadores sólo disponían de un microfilme, esta parte del trabajo fue especialmente dura, pero al fin llegaron a la conclusión de que todos los papeles de las cartas eran de calidad normal. También aquella tarea fue desechada.

La última parte del trabajo dio comienzo cuando ya amanecía, y consistió en analizar todos los puntos y acentos de las cartas. El análisis dio por resultado que todas las máquinas de escribir funcionaban a la perfección y no habían producido la menor irregularidad, por lo que cualquier desvío en un punto, una coma o un acento, sólo podría atribuirse al hecho de que esos signos hubieran sido pegados en el papel, artificialmente. Por lo tanto, que en ellos hubiera un mensaje.

Esta última parte del trabajo ya fue más sencilla, porque reveló que uno de los puntos, en una de las cartas, estaba unas mieras más arriba de lo que le correspondía estar. Eso significaba que el mensaje estaba allí. El punto era falso.

El microscopio electrónico se puso a trabajar entonces. Casi tenía que realizarse un milagro, porque se trataba de leer en el punto de una carta que había sido reproducida en un microfilme donde había varias cartas más. Si las cartas ya necesitaban un microscopio normal, puede deducirse lo que necesitaría un punto mecanográfico, en una de ellas. Pero la técnica actual puede realizar prodigios, siempre que se disponga de dinero, pues hasta es posible fotografiar el protoplasma de una célula.

El mensaje pudo ser fotografiado en el microscopio, pero no era legible aún. La imagen tuvo que ampliarse y al fin, aunque con dificultades, pudo captarse el significado. Se trataba de un aviso para que el Número Uno se pusiera en movimiento desde Kansas, adonde acababa de regresar. La orden consistía en buscar al Número Uno soviético y liquidarlo.

Ni más ni menos que eso.

Desde el laboratorio clandestino, un hombre telefoneó al Pier, el más lujoso hotel de Nueva York. En el Pier se alojaba en aquellos momentos un hombre que no era ruso, sino americano, y cuyo negocio consistía en algo que le proporcionaba pingües beneficios: alquilaba asesinos de primera clase a quien los pagara mejor.

Morrison, al recibir la orden, se puso en movimiento sin perder un minuto. Su maquinaria del crimen también funcionó suave e implacablemente, sin un fallo. Telefoneó a un hotel de Manhattan situado en la calle Treinta, y que era, en realidad, un lupanar donde sus pistoleros vivían en constante orgía con chicas de todas las razas.

Las órdenes fueron tajantes:

—Sanders, Burton y Manson deben ponerse en movimiento enseguida. A las ocho de la mañana sale del aeropuerto de Newark un avión de la Eastern Airlines que les llevará a Kansas City. Una vez allí deben dirigirse al Colegio-residencia Willing. Su director debe morir. No me importa la forma.

Eso fue todo.

La máquina siguió funcionando, certera e implacablemente. Los pistoleros designados dejaron su escondrijo y se dirigieron a través del Lincoln Tunnel al aeropuerto de Newark, en el vecino estado de Nueva Jersey. Los tres llegaron en coches distintos y fingiendo no conocerse. Dos horas y media después, llegaban a Kansas City.

Por supuesto que habían viajado sin armas, porque en el aeropuerto habían tenido que pasar por el detector de metales, pero en Kansas City tenían quien les proporcionara herramientas de trabajo. Cada uno de ellos se hizo con un cuchillo, una granada de mano y un revólver «Magnum».

Luego se dispusieron a actuar.

El Colegio-residencia Willing no estaba lejos.

La campana sonó melancólicamente entre las sombras del atardecer, como si en la quieta llanura hubiese un convento. Las aguas del Missouri ya se habían teñido de un color rosado al recibir los últimos rayos del sol poniente, y las sombras se adueñaban de todo en rápido avance. Dentro de poco no se vería a diez pasos, que era justamente lo que los asesinos necesitaban.

La melancólica campana había sonado dentro de un viejo edificio de piedra que no era un convento, pero podía haberlo sido

en otro tiempo. Daba la sensación de que, de un momento a otro, iban a salir por las puertas unas cuantas monjas cantando letanías... Pero, en lugar de eso, salió por la puerta principal un hombre alto, fuerte, casi hercúleo, cuyos puños parecían de acero y cuya mandíbula cuadrada reflejaba una inquebrantable decisión. Ese hombre atravesó el patio en penumbra y se dirigió a una clase donde, a los tañidos de la campana, ya se habían congregado las alumnas.

Se pusieron en pie cuando él entró.

Todas tenían entre diecisiete y veintitrés años y vestían de una forma similar, como si fuesen unas huérfanas: bata gris, medias negras de algodón y zapatos de tacón bajo. Iban sin pintar, aunque, eso sí, estaban limpias y se habían peinado cuidadosamente.

El hombre alto y fuerte que había entrado allí guardó la carta que acababa de recibir, de la que ya faltaba un punto mecanográfico que antes había estudiado en el microscopio de su habitación. Sus facciones permanecían impasibles, pero una cierta excitación anidaba dentro de él. Con voz opaca dijo a las muchachas:

—Pueden realizar ejercicios de escritura. Yo los supervisaré.

En silencio, todas se pusieron a trabajar. Al cabo de unos quince minutos, el joven profesor recogió los ejercicios y los examinó. La mayor parte de ellos eran horribles y reflejaban unas letras absurdas, inconexas, que casi no se podían leer.

—Van mejorando —dijo, sencillamente, aquel hombre—. Creo que las puedo felicitar.

Y luego añadió con voz inexpresiva:

—Por favor, retírense.

Todas fueron saliendo en fila india por la única puerta, tanteando las mesas y los bordes del pasillo. Ni una sola anduvo con seguridad. Y ello por una sencilla razón:

Ni una sola dejaba de ser ciega.

Aquél era un centro donde se enseñaban trabajos de secretariado a muchachas llegadas desde todos los rincones del país y que nunca recuperarían la vista.

El hombre se quedó unos minutos más allí, examinando los trabajos y, por fin, abandonó la clase para dirigirse a su despacho-dormitorio. Era un lugar pequeño y que hubiese podido parecer una

celda casi monacal de no haberse ciado la circunstancia de que en la cama estaba tendida una mujer.

Era provocativa, joven, y no tenía nada de ciega. Ésta sí que se había pintado ligeramente. Alzó seductoramente una pierna al ver entrar al hombre, como incitándole a aceptar su compañía.

Pero él apenas la miró. Sólo dijo, con voz opaca:

—Creo que voy a tener trabajo.

—¿Qué pasa? ¿A causado algún problema?

—No, ahora no son ellas.

—Pues ¿quién?

El joven no contestó. Descolgó el teléfono y disco un número de un hotel de Washington. Una voz algo gangosa, que parecía la de un negro, le contestó enseguida:

—¿Quién?

—Soy Miller.

—De acuerdo, Miller. Informa.

—He recibido órdenes.

—¿Cuáles son?

—Hay que buscar a un hombre.

—Bien.

—¿Me confirmas esas órdenes?

—Sí.

—Entonces la actuación será inmediata.

—Suerte, Miller.

—Gracias.

Colgó.

La chica le miraba desde la cama, con ojos entornados. Susurró, lastimeramente:

—¿De viaje otra vez?

—Sí.

—¡Pues menudo fastidio...!

—Puedes quedarte aquí un día más, pero no llames la atención —dijo Miller, sin hacer caso del comentario—. No olvides que no todo el personal de esta casa es ciego. Yo volveré, probablemente, dentro de una semana.

Y se alejó de allí porque tenía que hacer, todavía, raía serie de cosas importantes. Al quedar sola, la muchacha se estiró una media con gestos aburridos y saltó de la cama. Se puso una bata, salió al

pasillo y se dirigió hacia otra habitación que estaba a mano derecha.

Fue allí donde le sorprendió la muerte.

Ni se enteró.

La mano que empuñaba el cuchillo surgió de entre las sombras, bruscamente. El degüello fue rápido, eficaz, implacable. La sangre salpicó la pared, a gran distancia, pero no se produjo ni un solo quejido.

La muchacha cayó blandamente.

Las manos de Sanders la sujetaron para que no chocara contra el suelo y la depositaron junto a una de las puertas. Luego hizo una seña a los otros dos asesinos, que habían entrado pasando a poca distancia de las alumnas, sin que éstas se dieran cuenta.

—Se llama Miller —bisbiseó.

—¿Cómo has podido saberlo? —susurró Manson.

—He oído la conversación telefónica. Va a salir inmediatamente para el trabajo que le encomendaron y que nosotros hemos de impedir.

—¿Dónde está ahora?

La mano de Sanders se movió entre las sombras.

—Esa escalera —dijo.

—Pero ¿por qué has matado a esa chica?

—Por una razón elemental: ella no estaba ciega.

Era una razón suficiente para ellos, desde luego. En silencio, descendieron por las escaleras de metal.

Todo estaba quieto dentro del viejo recinto.

Las alumnas cenaban en un ala aparte. Allí, en la zona de los dormitorios, no se oía moverse a nadie.

Sanders dirigía la operación de exterminio.

—Esa puerta —dijo.

Manson se coló por ella. Vio una gran sala sumida en penumbra y que debía servir, también, para clase. Había unas mesas y una tarima. Todo, menos esa tarima, estaba vacío.

Allí había alguien.

Alguien que estaba muy quieto. Que le miraba fijamente. Que tenía algo diabólico en sus ojos.

Eran los ojos de la muerte.

Manson lanzó un gruñido y fue a sacar el «Magnum», pero ya no

tuvo tiempo. De pronto, *aquello* sucedió. El cuchillo fue lanzado con una rapidez y con una precisión infalibles, alcanzando a Manson en mitad del cuello.

Se produjo un terrible alarido. Un alarido de horror y de muerte.

Sin fuerzas para disparar el «Magnum», el asesino contempló el mango del cuchillo que sobresalía de su propia garganta. Notó que la sangre había salpicado la pared. Sus ojos se desencajaron mientras intentaba dar media vuelta para huir.

Ya no llegó a la puerta.

Su cuerpo rebotó contra la pared.

En la blanca superficie de ésta quedó dibujada una espantosa línea roja.

CAPÍTULO VII

NO HAY FLORES PARA LOS MUERTOS

Los dos hombres que estaban en el pasillo oyeron aquel grito y no necesitaron ninguna clase de explicación: Manson acababa de morir. Quizá entonces, sólo entonces, se dieron cuenta de que los habían enviado al matadero al hacerlos enfrentarse con el Número Uno de los Estados Unidos.

Pero ya no podían retroceder. Sanders empujó la puerta y se pegó a un costado de ésta para no ofrecer blanco, mientras disparaba rabiosamente. Una serie de balas picoteó la pared que estaba detrás de la tarima.

Pero ya no había nadie allí. La clase estaba vacía. Los dos hombres vieron una puerta que oscilaba, al fondo, y corrieron hacia ella.

Sanders pasó primero.

Mal hecho.

Uno no debe ser el primero, ni siquiera cuando llama una chica.

La cuerda llegó desde una claraboya del piso superior, tras oscilar unas décimas de segundo ante los ojos de Sanders. Éste intentó evitar el fatal contacto, pero ya no pudo. De pronto sintió que algo tiraba de él.

El lazo se había enroscado a su cuello.

Una fuerza implacable lo elevaba hacia arriba.

¡Lo estaban ahorcando!

Intentó desesperadamente apuntar hacia arriba, donde tenía que estar su verdugo, pero le fallaron las fuerzas. No pudo levantar el brazo lo suficiente. De pronto, se encontró con que sus pies se habían separado del suelo y con que su cuerpo empezaba a bambolearse trágicamente en el aire.

Un chillido espantoso llenó la noche.

La cuerda le acababa de romper el cuello.

Burton, el único hombre de los tres que quedaba vivo, oyó, también, aquel grito y sintió que el horror penetraba hasta lo más profundo de sus entrañas. Intentó huir, pero de pronto se dio cuenta de que estaba en un terreno absolutamente desconocido.

Porque todas las luces se habían apagado ahora.

Las más espantosas tinieblas le rodeaban.

Acababa de penetrar en una especie de reino maldito... ¡donde sólo los ciegos eran los reyes! ¡Solamente los ciegos, que eran capaces de oír, de palpar, de oler, donde los otros no notaban nada!

Y un hombre acostumbrado a educar a los ciegos también podía ser el rey en aquel mundo de tinieblas.

Burton gritó con todas sus fuerzas. Chocó contra las paredes en un desesperado esfuerzo por huir. Y, de repente, oyó aquella respiración, aquella especie de susurro, como si una bestia al acecho se acercara a él.

Como si le buscara entre las tinieblas.

Burton chilló con todas sus fuerzas, con toda su desesperación, mientras disparaba a ciegas contra la zona en que le parecía haber oído aquel susurro. Las balas rasgaron la oscuridad como un chorro de fuego.

Babeante, aullando de miedo, Burton descargó la última bala. No se dio cuenta de que había utilizado los seis tiros de su «Magnum» y que ahora tenía que recargarlo. Y aunque ese tipo de revólveres no necesitan ser recargados bala por bala, sino que se introducen todas a la vez por medio de un cilindro de acoplamiento especial, tal tarea le significaría casi diez segundos, al tener que buscar el cilindro en el bolsillo. Y esos diez segundos ya no eran suyos.

Eran de la muerte.

El cuchillo vino hacia él. Unos ojos que parecían ver en la oscuridad buscaron su vientre. La hoja de acero penetró en él, se retorció y subió hacia arriba, en una alucinante progresión que hizo lanzar a Burton el alarido más escalofriante que había lanzado en su vida.

Luego cayó.

El susurro se disolvió en la oscuridad.

Pareció como si a Burton lo hubiera matado un fantasma.
O un pájaro negro de la noche.

Morrison, el hombre que enviaba asesinos desde su lujosa habitación del hotel Pier, recibió, a la mañana siguiente, una visita que no esperaba. En realidad aquello constituyó una violenta sorpresa para él, porque se encontró con aquel tipo sin comprender cómo, al volver la cabeza y verlo plantado en el centro de la habitación. Por un instante tuvo incluso la sensación de que había surgido absurdamente del centro de la alfombra.

Barbotó:

—¿Quién es usted?

Morrison, el hombre que se las sabía todas, no estaba acostumbrado a sorpresas de aquella clase. Incluso pensó, por un momento, que aquello era una especie de pesadilla. Pero el hombre dijo con voz tranquila, una voz metálica y sin matices:

—Las cerraduras de las puertas de los hoteles, aunque sean hoteles de lujo, no valen nada. Se pueden abrir con una lima de las uñas.

Morrison empezó a deslizar cautamente su derecha hacia el cajón central de la mesa. Pensó que aquella especie de gigante que ocupaba el centro de la habitación era un agente especial del FBI, de los que luchaban contra el Sindicato del Crimen. Pero la voz metálica del desconocido le sacó de su error otra vez.

—Usted tenía que protegerme —dijo.

—¿Quéeeeeee...?

—Al menos, tenía que evitar que alguien me matase.

—No lo entiendo. Por todos los infiernos... ¿quién es usted?

—Algunos me llaman el Número Uno. Morrison, pese a toda su experiencia, le miró con ojos casi desenchajados, porque los números Uno no suelen identificarse nunca. Pero al menos aquello era una pista, era algo que le permitía centrar sus pensamientos. Y susurró:

—¿El Número Uno de los Estados Unidos o... o de Rusia?

—Mi verdadero nombre es Nekrasov —dijo el hombre de la voz metálica.

Morrison le miró con más asombro a cada minuto, porque pese a toda su experiencia, era la primera vez que se encontraba en una situación semejante. Él era un vendedor de asesinos y tenía a los mejores profesionales del país, pero nunca había visto a nadie de

aquella talla. Al espía más experto y, al mismo tiempo, el asesino mejor pagado de Rusia.

Era sorprendentemente joven para haber alcanzado aquel grado dentro de la «profesión». Le calculó unos veintiocho años. Su planta de atleta era impresionante, pero lo que impresionaba más aún eran sus ojos penetrantes, duros e inteligentes, ojos de jugador de ajedrez o de gran matemático. ¿Era cierto lo que decían de aquellos rusos, que convertían a sus agentes en unos intelectuales increíbles? ¿Sería verdad que aquellos tipos podían matar sin la ayuda de un arma, sólo con algo así como un golpe de álgebra?

—¿Quién me asegura que eso es cierto? —bisbiseó sin embargo.

—Es muy libre de no creerlo.

—¿Y por qué me ha revelado su identidad?

—Porque necesito alguien que trabaje para mí, puesto que en los Estados Unidos solo cuento con un ayudante. Podría ponerme en contacto con algunos enlaces para pedir ayuda, pero todos están vigilados y sería una imprudencia tratar de entrar en su órbita. En cambio, a usted nadie lo relaciona conmigo. De momento puedo hablarle con la mayor tranquilidad y sin miedo de que me delate.

Morrison asintió.

Por supuesto que no delataría a nadie. Hacer una delación de aquella clase significaría tener que explicar demasiadas cosas y encima, desafiar todo el poderío de Rusia.

—¿Qué quiere? —bisbiseó.

El joven se sentó frente a él, en una de las elegantes butacas. Dijo con la misma voz metálica y tranquila:

—Yo tengo un enlace en Washington, un hombre de primera clase, pero ahora sería una imprudencia acercarme a él, como le he dicho. Fue él quien le encargó que me allanara el camino.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Morrison—. Iban a enviar contra usted al Número Uno norteamericano: Ese amigo de usted, el enlace, pudo descifrar la orden y saber de quién se databa. Vivía en un colegio de Kansas, para despistar. Nadie lo hubiera sospechado, ¿verdad? Y me pidió que enviara tres hombres de *élite* para acabar con él. A eso, en efecto, se le llama allanar el camino.

Nekrasov dijo, sin mirarle:

—Pues no me lo ha allanado.

—¿Qué dice? ¿Es que esos hombres no han hecho su trabajo

bien?

—No han hecho ningún trabajo. Han muerto.

Morrison quedó tan atónito, tan paralizado por el estupor, que durante algunos minutos fue incapaz de decir una palabra. Pese a toda su experiencia, sintió una especie de vértigo, como si la habitación diera vueltas en torno suyo.

Nekrasov dijo:

—¿No sabía nada?

—No. Me extrañaba no recibir noticias, pero, a veces, no me las envían enseguida por... por razones de prudencia.

—Pues ya no las enviarán.

—Pero ¿cómo es posible que... que...?

—El Número Uno de los Estados Unidos —dijo Nekrasov, lentamente—, se llama Miller. Me lo han comunicado hoy. Ese Miller tiene un refugio en verdad notable: una residencia para muchachas ciegas a las que enseña a andar por la vida. Nadie sospecha de él. Todo el mundo le considera un amable profesor que, de vez en cuando, se ausenta unos días y siempre vuelve. Lo que nadie sabe, excepto unos cuantos gerifaltes de Washington, es que ya se han llenado unas cuantas fosas de los cementerios cuando él ha vuelto.

Morrison hizo un gesto de asentimiento. Con voz ahogada dijo:

—Envié tres de mis mejores hombres a matarle. No pueden haber fallado.

—Fallaron porque se metieron en el terreno de Miller. Porque él los pudo cazar en la oscuridad. Miller no está ciego, claro que no, pero conoce las técnicas de los ciegos. En la oscuridad es una especie de rey inatacable. Yo estaba a la escucha de las emisoras de Kansas City desde primeras horas de esta mañana y he conocido la noticia. Tres fiambres en la residencia; los tres muertos en situaciones espantosas. Como tenían detrás suyo una larga ficha con toda clase de delitos, la policía piensa que entraron allí para robar o quién sabe si para violar a alguna chica que no hubiera podido defenderse.

Morrison había ido quedando lívido.

—Lo... lo siento —dijo.

—Yo, no —susurró Nekrasov—. No me gusta tratar con asesinos.

—Pues ¿por qué ha venido aquí?

—Se lo he dicho ya: lo necesito porque no tengo más que un ayudante. Yo no podré protegerlo y es necesario que, al menos, uno de sus hombres lo haga.

—De... de acuerdo. Y no cobraré nada por eso —balbució Morrison.

—Tampoco cobrarán los muertos. Nadie les va a llevar flores —dijo Nekrasov poniéndose en pie.

Y antes de salir dijo, con voz más baja:

—Tal vez salgamos pronto del país, y por eso me interesa que mi ayudante no muera. No valdría la pena sacrificarle en una misión que ya está terminada. Acuérdesse de este nombre y de esta dirección: Alexander Blagan, en el piso 25 del edificio de la Panam, en Nueva York. Por supuesto que el nombre es falso, pero eso no importa ahora. Necesito que lo proteja y será recompensado. En cambio, si usted comete un solo fallo y ese hombre muere, usted lo pagará.

Los dientes de Morrison rechinaron.

—Maldito sea el día en que me metí en este cochino asunto —dijo—. Los líos del espionaje no me han interesado jamás.

—Es lo malo que tienen —explicó Nekrasov con voz tranquila—. Uno sabe cuándo entra en ellos, pero nunca sabe cuándo va a salir. Ahora conoce demasiadas cosas para poder retirarse tan lindamente. Aguántese.

Y se largó de allí. Morrison quedó con la boca abierta, sin saber qué decir y. —Lo que era peor—, sin saber qué pensar. Necesitó casi un largo minuto para empezar a reaccionar y dirigirse al teléfono.

Por suerte, aún contaba con un buen plantel de hombres. Decidió que el piso 25 del edificio de la Panam se iba a convertir en una verdadera fortaleza.

CAPÍTULO VIII

LA MUERTE ESTA EN EL AIRE

El falso Alexander Blagan, uno de los agentes soviéticos de mayor porvenir que había en todo el área occidental, paseó nerviosamente a lo largo de su despacho. Era el mismo hombre que había jugado con Nekrasov al tenis en una pista de Luisville y el que había enviado, por orden de su jefe, pelotas muy altas para que Liberman las viera por encima de los árboles. Su misión había consistido solamente en eso, porque Nekrasov, el Número Uno, había hecho el resto.

Ahora, mientras paseaba de un lado a otro de aquel despacho de lujo, pensaba con insistencia en su nueva situación. Llevaba dos años en los Estados Unidos, procedente del Uruguay, donde había podido falsificar unos papeles perfectos y un historial intachable; estaba a punto de convertirse en ciudadano norteamericano y ello le significaría la jefatura de todo el espionaje soviético en la costa atlántica. El dinero que con ello iba a ganar le importaba poco, porque Alexander Blagan era un convencido creyente de las ideas que defendía, aunque tampoco escupía sobre un dólar.

El despacho que ocupaba era uno de los más caros de Nueva York y daba a su figura un aire respetable. Ahora, precisamente, se alegraba de tenerlo allí, porque estaba a veinticinco pisos sobre las calles de la ciudad y porque aquel lugar, bien defendido, se podía convertir en una fortaleza inexpugnable.

Nekrasov le había telefonado una hora antes.

—Yo voy a tener que hacer unas investigaciones y no podré ocuparme de ti —dijo—. Es posible que Miller esté sobre tu pista y quiera cazarte para que le digas dónde estoy yo, por lo que creo que corres un peligro grave. Pero te he asegurado protección en todo el

edificio, de modo que nadie logrará acercarse a ti.

A continuación, el Número Uno había colgado.

Alexander Blagan suspiró, mientras veía los negros nubarrones cernirse sobre Nueva York, llegando en manadas desde más allá del Hudson. Long Island City era casi invisible, envuelta en una espesa bruma. Los sonidos de la Cuarta Avenida no llegaban hasta aquel despacho aséptico, limpio, impecable, donde Blagan sabía que sólo una cosa no podía ocurrirles: que un asesino acabara con él.

Mientras pensaba en esto, encendió un cigarrillo.

Miller, el agente norteamericano Número Uno, podía hacer dos cosas: intentar acabar con él o intentar capturarlo vivo para que dijese dónde estaba su jefe. Capturarlo vivo no podría hacerlo mientras él permaneciese allí, puesto que Miller no disponía de orden judicial para entrar en el despacho. Y en cuánto a acabar con él, ¿cómo podía ni siquiera intentarlo?

El teléfono volvió a sonar. Blagan lo descolgó inmediatamente.

—Soy Morrison —dijo una voz cercana—. Supongo que le han hablado de mí.

—No... Nadie me ha hablado de usted. ¿Qué quiere?

Era cierto. Nekrasov no había dado su nombre.

—Al menos imagino que le habrán dicho que alguien le protegería —murmuró la voz.

—Sí, eso sí. Me lo han dicho.

—Observaré que le estoy llamando por la línea privada de su despacho porque me han dado el número. Ha sido Nekrasov. Me he asegurado de que la línea no está controlada, de modo que podemos hablar tranquilos. Dos de mis hombres controlan el vestíbulo y se asegurarán de que ningún sospechoso llegue hasta ese piso; otro se moverá por el edificio para controlar a la gente que entra y sale, mientras que yo vigilaré el exterior desde mi coche, estacionado enfrente. A esta hora ya casi todos los empleados se han ido, de modo que el rascacielos es muy fácil de controlar.

Blagan hizo un gesto de asentimiento, como si el otro pudiera verle.

—Matarle es técnicamente imposible —añadió Morrison—. Me gustaría saber cómo va a intentarlo ese loco de Miller, si es que lo intenta.

Y fue a colgar, pero la voz de Alexander Blagan le cortó. El

asesino dijo bruscamente:

—Hay algo que no me explico. ¿Cómo ha sabido Miller que yo estoy aquí y en qué trabajo? ¿Cómo ha podido descubrir, en poco tiempo, algo que nadie ha podido descubrir durante más de dos años?

—Supongo que por la descripción que dieron los empleados del club de tenis de Louisville —dijo Morrison—. No se puede olvidar que Miller dispone de todos los laboratorios de análisis de datos y de todas las computadoras que precise. La descripción que sin duda dieron de Nekrasov no concordaba con la de ninguna persona fichada, pero la suya, Blagan, es decir, su retrato robot, concordaba a la perfección con la de un inmigrante uruguayo, hijo de padres yanquis, que se estableció aquí hace dos años. A un hombre como Miller le basta un solo dato para conocer toda la verdad.

Alexander Blagan dio una lenta cabezada mientras sentía una fría presión en la garganta. Con voz metálica gruñó, dándose seguridad a sí mismo:

—Muy bien, que intente acabar conmigo.

Y colgó.

Un examen somero de la situación le indicó que solamente un falso limpiador de cristales podría matarle a aquella altura, pero eso era absurdo. Miller no utilizaría una treta tan elemental y tan expuesta. Por lo tanto no corría, de momento, el menor peligro.

No había ni siquiera aparatos de refrigeración. El sistema de aire acondicionado era general para todo el edificio, y sí alguien introducía allí un gas letal mataría a docenas de personas. Era imposible que eso entrara en los cálculos del gobierno de los Estados Unidos, a les cuales debía atenerse un hombre como Miller, le gustara o no.

Por lo tanto, se sentó tras la elegante mesa de despacho y sonrió satisfecho. Podía resistir, allí, el tiempo que hiciera falta, haciéndose servir las comidas de un restaurante de confianza y dando permiso a sus empleados, dos de los cuales también eran espías soviéticos. Y, en cuanto se presentara una ocasión favorable, se largaría de allí para que nadie pudiera seguir su pista.

Sí... Podía sentirse tranquilo. Con calma y con un sentimiento de relajación, se puso un cigarrillo entre los labios.

Y, de pronto, el cigarrillo estuvo a punto de caer al suelo.

¿Qué diablos era aquello?

¿Por qué el helicóptero pasaba tan cerca de la ventana?

Los ojos inquietos de Alexander Blagan siguieron, casi aterrados, las evoluciones del pequeño aparato, en el que iban dos hombres. Uno de ellos era el piloto, pero el otro no tenía ninguna misión definida, a menos que fuera la de... acabar con él.

En efecto, desde aquella distancia podía tirotear el interior del despacho, ya que los cristales no eran a prueba de bajas. Y resultaría inútil que él se escondiera en los lavabos o en la antesala, porque el arma de que iría provisto el tirador serviría, sin duda, para balas perforantes, que atravesarían con facilidad los delgados tabiques. Por otra parte, también sería inútil que se pegase a una pared maestra, debajo de la ventana. Por los cristales rotos a balazos podía ser lanzada, desde el helicóptero, una granada de gas letal que le liquidaría enseguida.

Blagan comprendió que estaba perdido.

Un frío sentimiento de horror le invadió. Unas espesa gotas de sudor empezaron a correr por sus mejillas y por su cuello.

El helicóptero dio una vuelta al edificio, justo a la altura del piso veinticinco, y volvió a reaparecer. Aunque no había sido hecho ningún disparo todavía, Blagan se dio cuenta de que aquello podía significar su fin. No le quedaba más que una solución, y era tratar de ocultarse en alguno de los despachos interiores que estaban en la parte central del edificio. Allí el helicóptero no podría atacarle.

Por haber pasado la hora de cierre, muchos de aquellos despachos estaban vacíos. No le costaría ningún trabajo introducirse en cualquiera de ellos.

El helicóptero ya estaba muy cerca. Parecía ir a introducirse en su propia ventana. Como en una visión de pesadilla, el pequeño monstruo metálico casi rozaba los cristales. El zumbido de las aspas llenaba el despacho y lo hacía temblar todo.

Blagan corrió hacia la puerta, mientras empuñaba su «Beretta» con el cargador completo. Miró, con decisión, el vestíbulo.

Nadie.

Mejor porque hubiese matado a cualquiera que estuviese allí. No estaba dispuesto a caer en una trampa.

Vio las puertas de los ascensores. Eran tres.

Dos de ellos estaban funcionando, pero el tercero acudió a su

llamada. Tardó, exactamente, veintinueve segundos en llegar al piso veinticinco, un tiempo que a Blagan se le hizo interminable. Se metió en el ascensor y empezó a descender. Su propósito era llegar dos pisos más abajo, donde sabía que existía, un despacho interior vacío.

Nuevamente la calma le envolvió cuando estuvo dentro de la caja metálica del ascensor. Allí sí que podía sentirse seguro. Allí no iba a ocurrirle nada, absolutamente. No podía ocurrirle nada, no podía ocurrirle nada, no podía ocurrirle nada...

El pensamiento era como un bálsamo.

Le tranquilizaba.

Y de pronto, en menos de un segundo, como en un trágico chispazo, se dio cuenta de que la muerte estaba allí. Su grito ululante se mezcló con aquel estrépito infernal. Sus labios parecieron romperse en un inútil grito de socorro mientras se precipitaba en el abismo.

CAPÍTULO IX

EL CAMINO DE LA VENGANZA

La sirena aulló lastimeramente a lo largo de Madison Avenue, mientras trataba de doblar hacia la Quinta y llegar a la enorme residencia sanitaria que está al norte, cerca del río Harlem. Un hombre completamente destrozado yacía en ella, y aunque un médico que le estaba haciendo una transfusión de urgencia luchaba desesperadamente por salvarle la vida, sabía que no había nada que hacer. Aquel hombre tenía el cráneo hundido y se había roto la columna vertebral por dos sitios. Era ya un cadáver.

Mientras controlaba el paso del plasma, el médico preguntó al camillero que le estaba ayudando en el interior de la ambulancia:

—Pero ¿qué infiernos ha pasado? ¿Desde dónde se ha caído este tipo?

—Desde un piso veinticinco.

—Imposible... Se hubiera destrozado mucho más. Y, por otra parte, las ventanas de ese rascacielos no pueden abrirse.

—Es que ha caído dentro del ascensor. La caja se ha desprendido de los cables y se ha hecho harina una vez abajo.

—¡Pero eso es imposible! ¡Los ascensores del edificio son muy seguros!

—Entonces el diablo sabrá lo que ha pasado, pero el caso es que se ha venido abajo en menos de un segundo.

Mientras tanto, en aquel momento, un helicóptero de los utilizados para visitas turísticas, se posaba con suavidad en las pistas del viejo aeropuerto de Laguardia, que se emplea para servicios auxiliares del principal aeropuerto: el Kennedy. Dos hombres descendieron de él: el piloto y un asustado turista.

El turista gemió:

—¡Nunca debió acercarse tanto a aquel rascacielos! ¡Por poco nos matamos! ¡Un dedo más y nos estrellamos contra la fachada!

—No hay para asustarse tanto —sonrió el piloto—. Conozco mi oficio, y además ha sido emocionante, ¿no? Dígame si en Nueva York alguien ha visto lo mismo que usted.

—Hasta el tipo que estaba dentro de aquel despacho se ha ido... —gimió el turista, sin quitarse aún el miedo de encima—. Debía estar tan acoquinado como yo...

El piloto le dio una palmada en la espalda, como si, en el fondo, le compadeciera, y se dirigió a un pequeño despacho con teléfono que estaba cerca del hangar. Una vez allí marcó un número que le habían dado poco antes.

Ignoraba que ese número correspondía a un despacho alquilado con nombre falso por un mes, pero donde su ocupante pensaba estar un solo día. De ese modo, la policía perdería la pista. Y aunque la persona ocupante de aquel despacho trabajaba para el Gobierno de los Estados Unidos, no le interesaba que nadie se inmiscuyera en sus actividades; ni siquiera la ley.

El piloto dijo:

—Cumplí sus instrucciones. Gracias por la propina de cien dólares.

—No debe darlas —dijo una voz ligeramente rechinante—. Sólo le pedí que, en su próximo vuelo, llevase un turista o varios, pasara rozando el piso veinticinco del edificio de la Panam, en Madison Avenue, dando la sensación de que iba a estrellarse contra las ventanas. Ya sé que eso está prohibido, pero imagino que tampoco le va a ocurrir nada.

—Me harán una advertencia, pero no pasarán de ahí.

—Gracias. No ha habido ningún accidente, ¿verdad?

—No, ninguno.

—Pues entonces olvídense de esto.

—¡Oiga! Hay algo que no entiendo... ¿Por qué ese capricho de que yo volara tan cerca del rascacielos? ¿Por qué se ha gastado cien dólares en eso? ¿Qué ganaba usted?

La voz chirriante dijo, con suavidad:

—Nada... Usted mismo lo ha entendido perfectamente. Era un capricho.

Y la comunicación fue cortada.

Inmediatamente, la persona que estaba en aquel despacho silencioso disco otro número. Éste correspondía a una de las secciones más secretas de la CIA, un gigantesco archivador de datos e informes en cinta magnetofónica y donde al que informaba no le respondía ninguna voz humana. La llamada era grabada directamente, y sólo contadísimas personas de aquella sección tenían acceso a ella.

Una serie de zumbidos, en número de cuatro, le indicaron que podía informar. La voz ligeramente chirriante dijo:

—Número Lino. Muerte del agente soviético Alexander Blagan. Informo.

Enseguida añadió, tras sonar dos zumbidos más:

—Alexander Blagan, cuyo verdadero nombre era Alexandr Vatutin, recibió una severa enseñanza en las escuelas especiales de Volgogrado y Moscú entre 1960 y 1966. Ese año se trasladó a la República Oriental del Uruguay, donde consiguió una falsa personalidad como hijo de padres norteamericanos. Basándose en ella, logró penetrar en los Estados Unidos y solicitar la ciudadanía norteamericana. Poseía un acreditado despacho en el edificio de la Panam, en Nueva York, y estaba muy bien considerado socialmente. Para no quemarlo en misiones secundarias, nunca realizó espionaje directamente, pero era el enlace o el puente para los espías más acreditados que se introducían en el país. Últimamente sirvió de enlace al Número Uno soviético.

La voz chirriante hizo una ligera pausa y continuó:

—Sigo informando. Recibí órdenes de acabar con él y con el Número Uno, presuntamente llamado Nekrasov, aunque ese dato no he podido confirmarlo. Alexandr Vatutin, o Alexander Blagan, temía algo y se había hecho fuerte en su despacho, donde se consideraba inatacable. Hombres de Morrison, un miembro del Sindicato del Crimen, le protegían. Para eso, tuve que idear un sistema que me permitiera matarle con un solo tiro y desde trescientas yardas de distancia, y además sin alcanzarle con la bala, puesto que en todo momento esperaría a cubierto de mi fuego. Era absolutamente imposible que alguno de mis disparos le alcanzase.

Cualquiera que hubiese podido oír aquel informe se hubiera sentido asombrado. ¿Matar con una sola bala a un hombre al que la bala no alcanza? ¿Qué clase de juego inexplicable era aquél? Pero

la voz chirriante siguió hablando:

—Para ello me serví de tres auxiliares, ninguno de los cuales sabía lo que estaba sucediendo. Uno de ellos fue el piloto de un helicóptero para *tours* turísticos, al que di una propina para que sobrevolase el rascacielos a la altura del piso veinticinco, acercándose tanto como si fuera a chocar con las ventanas. Yo contaba con la reacción inevitable de Blagan: pensaría que desde el helicóptero iban a disparar contra él, y buscaría un lugar más protegido, en un despacho interior. En consecuencia, tomaría uno de los tres ascensores.

Hubo una nueva pausa. Transcurrida ésta, la voz dijo:

—¿Cuál de los tres? Para mí la cosa estaba clara: había situado a los otros dos auxiliares en la planta baja, subiendo y bajando continuamente con dos de los ascensores, de forma que nunca estuvieran libres, ni, por lo tanto, acudieran a la llamada del piso veinticinco. El tercer ascensor, en cambio, quedaba libre, y ése sería el único que tomaría Blagan. En efecto, lo llamó. Yo había calculado, previamente, que tardaba con exactitud veintinueve segundos en llegar arriba. Los conté desde la ventana de uno de los despachos más altos del rascacielos Rockefeller, en que yo estaba situado. ¿Cómo los pude contar con exactitud? Eso requiere, tan solo, una sencilla técnica.

Dejó otra pequeña pausa, puesto que quería que su informe fuera inteligible y completo. Transcurrida ésta, prosiguió, con la misma voz calmosa y chirriante:

—Uno de los auxiliares que estaban en los ascensores, arriba y abajo, el que estaba concretamente en el ascensor número dos, podía oír perfectamente el zumbido del motor del número tres gracias a un pequeño micro que había colocado en la pared lateral de éste, y que ocultaba con su cuerpo. El micro transmitía los sonidos al pequeño aparato emisor-receptor que había en sus gafas. Cuando empezó a oír el motor, me envió el mensaje por radio mediante una simple pulsación. En esa pulsación empleó un segundo. Yo conté, por lo tanto, treinta. Entonces me llegó la segunda pulsación, indicando que el motor se había parado. La caja estaba, pues, como yo tenía previsto, detenida en el piso veinticinco. Blagan iba a meterse en ella.

Dejó otra pequeña pausa.

—A partir de ese momento, yo tenía dos segundos escasos para hacer el disparo —continuó la voz—. Desde mi posición, veía la caja del mecanismo de los ascensores del edificio de la Panam, a través de la potente mira telescópica de mi rifle. Es una gran habitación cuadrada que está en la azotea, y que tiene una puerta y una ventana con cristales. Desde ella se ven las ruedas con los cables, siempre a través de la mira telescópica. Yo ya sabía previamente qué rueda y qué cable correspondían al ascensor número tres. Poniendo mis cinco sentidos en aquel disparo del que dependía todo, y confiando en el silenciador, envié una bala de grueso calibre contra aquel cable. Fue una bala perforadora de mi rifle especial, que hubiera podido atravesar una coraza. El cable fue casi materialmente partido en dos. El de seguridad no pudo resistir la brusca sacudida y la caja se fue al abismo. Alexandr Vatutin acababa de morir.

La voz cesó un momento. El cerebro que estaba en la oscuridad de aquel despacho pareció pensar que, al fin y al cabo, había sido un crimen «limpio», puesto que sólo había muerto el que ya sabía que estaba expuesto a morir. Por fin terminó su informe, diciendo:

—Ahora Número Uno está solo y podré acabar con él, aunque es posible que él también esté decidido a acabar, conmigo a toda costa. Esto se ha transformado en algo que ya no interesa tal vez a ninguno de los dos países, ni a los Estados Unidos ni a la Unión Soviética. Se trata de un duelo entre nuestros dos cerebros, en un combate personal a lo largo y ancho de todo el país... Pero por mi parte tomo la decisión de aceptar el desafío, de seguir y de vencer. Esta decisión es irrevocable.

Y cortó la comunicación.

Sabía que ese informe sería recogido por personal de la máxima confianza, transportado con la mayor seguridad y analizado al más alto nivel. Lo más probable era que, dentro de poco, le dieran sobre aquello alguna orden.

Pero no la esperó. Tampoco pensaba admitir órdenes de nadie.

Número Uno abandonó silenciosamente aquel despacho que había alquilado con nombre falso y al que no pensaba volver jamás. Minutos después, entre dos luces, se perdía en la suciedad de Nueva York, cerca de la Décima Avenida, donde los vagabundos se apoyaban en los escaparates de las tiendas de ropa usada.

En un viejo hotel del barrio francés de Nueva Orleáns, el hombre alto y fuerte que había exhibido un pasaporte sueco perfectamente falsificado ocupó su habitación y se desnudó para darse una ducha. Su cuerpo atlético y bronceado pareció brillar a la luz, mientras por él resbalaban las gotas de agua. Pero aquel nombre tenía los ojos vacíos, muertos, y parecía flotar en su cerebro la sombra de una pesadilla.

Al terminar de ducharse, miró a través de la ventana, mientras se secaba. El hotel tenía sólo dos pisos, como la mayoría de las deliciosas casas del sector, y desde aquella ventana se divisaba un panorama de galerías, de escaleras de hierro forjado, ventanas con flores y mujeres bonitas. Desde uno de los numerosos cafés instalados en los bajos, llegaba la armonía de un pianista de *jazz*.

Nueva Orleáns era la ciudad más peculiar, más distinta de los Estados Unidos. A Nekrasov le recordaba algunas zonas de su Kiev natal, donde también abundaban las flores y donde las gentes estaban alegres en primavera. Los bloques de cristal y cemento daban su fisonomía a las grandes urbes de los Estados Unidos, le parecían algo inhumano y casi aterrador, quizá porque él era hijo de unos campesinos y porque estaba educado en la Universidad Politécnica de Moscú, donde le habían enseñado a amar la armonía del Universo. Nueva Orleáns era la única ciudad norteamericana donde realmente se sentía a gusto y donde, quizá, no le hubiera importado morir.

Acababa de vestirse cuando alguien llamó con los nudillos a su puerta. Nekrasov abrió y se encontró con uno de los botones uniformados del hotel.

—Un telegrama para usted; señor.

Él lo tomó, dio una propina y regresó pensativamente a la ventana, con los labios ligeramente fruncidos. Sabía de dónde tenía que venir aquel telegrama. Antes de salir de Nueva York había dado, en clave, la dirección a la que se dirigía, de modo que sólo sus jefes conocían su paradero. Y eran ellos quienes le enviaban aquel mensaje.

Lo desdobló. El texto parecía un aviso comercial y no tenía ningún sentido, pero aplicando la clave que llevaba bien grabada en su memoria, pudo descifrarlo. Decía exactamente esto:

«Ordenes Moscú severas y concretas. No interesa

enfrentamiento de ninguna clase con Estados Unidos. Abandone su misión y regrese inmediatamente. No queremos que las cosas lleguen demasiado lejos y se enturbien relaciones. Acuse recibo y ponga en práctica salida del país antes de doce horas».

Sencillamente, era eso. Le echaban de allí. Las relaciones entre Estados Unidos y Rusia atravesaban un momento excelente, y eso valía mucho más que una sorda guerra de espías movidos por el orgullo profesional. Tenía que dejar el campo libre y volver a la Unión Soviética.

Nekrasov meditó durante largos minutos mientras arrugaba, una y otra vez, el telegrama en su mano derecha. Al fin lo quemó cuidadosamente y dispersó los restos. Decidió olvidarlo por completo.

No obedecería.

Era la primera vez que no cumplía una orden, y sabía lo que eso podía significar, pero estaba dispuesto a seguir hasta el fin. No se retiraría ante su implacable enemigo. Quería saber. —Aunque fuese con su propia sangre—, quién era mejor: si el Número Uno de Rusia o el Número Uno de los Estados Unidos de América.

Se anudó bien la corbata y salió. Tenía muchas cosas que hacer antes de que fuera demasiado tarde.

Y la principal de todas aquellas cosas era pensar algo para matar a Un hombre llamado Miller.

Miller, desde lo alto de la tarima, contempló a sus alumnas de la escuela de ciegas. Todas se afanaban, escribiendo con la mejor letra posible en unos cuadernos emborronados y sucios, pero su dedicación resultaba conmovedora. Pensó que algunas de ellas, con un poco de suerte, llegarían a escribir como las personas que tenían vista.

Dio dos palmadas al terminar el aburrido ejercicio, para que las alumnas se levantaran. La mayor parte de ellas eran muy bonitas y hubieran enamorado a cualquier hombre caso de tener una vista normal pero en sus condiciones actuales todo era distinto. Convivir con una ciega crea problemas que no todos están dispuestos a soportar.

Quizá por eso Miller se sentía tan identificado con ellas y

procuraba ayudarlas. En cada uno de sus gestos había un cariño y una delicadeza que las ciegas sabían notar.

Cuando se hubieron retirado, él miró, a través de la ventana, las sombras de la noche. Las llanuras de Kansas se extendían ante sus ojos como un mar infinito; como un enorme, inacabable oasis de paz donde no le amenazaba ningún peligro. Encendió su pipa pensativamente y bajó al comedor.

Los otros profesores especializados en la enseñanza de ciegos estaban ya en la mesa. Todos ignoraban, por supuesto, que Miller tuviese algo que ver con la CIA, con el espionaje y con el sombrío mundo de la destrucción y el crimen a nivel estatal. Lo consideraban un hombre atlético que participaba en diversas actividades deportivas y culturales, por lo cual se ausentaba con cierta frecuencia. Pero eso no tenía demasiada importancia.

Después de cenar y de charlar de los problemas del centro educativo, todos se retiraron a descansar a sus respectivos dormitorios. Éstos constaban de dos piezas, pues eran a la vez despacho y lugar de reposo. El de Miller daba a la parte oeste del viejo edificio, a la llanura, y algunas veces había empleado la ventana para deslizarse subrepticamente por la noche y salir a recibir mensajes urgentes. En el colegio no podía permitirse tener una emisora de radio porque lo hubieran descubierto.

Ése era un grave inconveniente, pero, en cambio, tenía una gran ventaja: la seguridad que proporcionaba aquel sitio. Hasta pocos días antes, nadie lo había descubierto, si bien ahora habría que pensar en ir cambiando de emplazamiento, pues los soviéticos lo tenían localizado.

Aunque hacía un poco de frío, no encendió la estufa alimentada por gas natural que había en la habitación. Acabó de fumar otra pipa, estuvo leyendo un rato y, al final, se acostó pensando que quizá iba a tener una jornada muy agitada al día siguiente. Cuando estaba en la cama, se dio cuenta de que había un pedazo de goma de mascar pegado a la parte inferior de uno de los codos de la tubería que conducía el gas hasta la estufa. De una forma lejana pensó: «Esas chicas que hacen la limpieza son cada vez más descuidadas. Mascan chicle continuamente y lo dejan en cualquier sitio donde no se vea demasiado...»

Pero no se molestó en retirar aquellos restos, puesto que, al fin y

al cabo, no tenía tanta importancia. Pensó que ya lo haría al día siguiente y se quedó dormido.

Se estaba bien allí, en el ambiente cálido de la habitación, con la ventana cerrada, mientras sobre la llanura pelada de Kansas empezaba a rugir el viento que venía del norte. Era una noche para estarse en la cama y para soñar en cosas felices bien alejadas de la muerte.

Pero la muerte estaba allí.

Miller no lo sabía.

La muerte estaba en el aire.

En sus ojos.

En su cara.

La muerte estaba en la habitación, esperando su ocasión definitiva, su terrible minuto.

Sólo al despertarse bruscamente lo comprendió Miller.

Sólo entonces lanzó un gemido de horror.

Saltó de la cama con la velocidad de un gato:

Pero la muerte ya estaba con él.

Todo se movió en torno suyo.

Las paredes cayeron.

Se oyó un disparo y la horrísona explosión conmovió hasta los cimientos de la casa.

CAPÍTULO X

LO SIENTO POR TI, MUÑECA

Aquel hombre alto, atlético, de piel bronceada y que parecía reunir las cualidades de un jugador de *rugby* y de un profesor de matemáticas, hizo algo que muchos turistas y muchas parejas de enamorados solían hacer en verano, pero no cuando sobre la llanura rugía el viento. Alquiló una barca de remos en un meandro del Missouri y se deslizó despaciosamente entre los árboles de la orilla, como un poeta que quisiera buscar inspiración. Sus ojos grises, y que parecían vacíos, miraron el horizonte sin expresión alguna, mientras remaba poco a poco.

Pero, en realidad, el Número Uno de la Unión Soviética no tenía el menor interés turístico en hacer aquello. Lo que le importaba era tener un sitio donde pudiera estar absolutamente solo y sin posibilidad de interferencias.

Extrajo de uno de sus bolsillos un magnetófono que parecía una pitillera y lo depositó sobre una de sus rodillas. Como aquella falsa pitillera tenía una ventosa, no se desprendió de allí. Luego se puso a hablar con voz pausada:

—Informe de Konstantin Nekrasov al Consejo de Comisarios del Pueblo para la Defensa. Tema: Muerte del falsamente llamado Miller, agente de contraespionaje, considerado como el Número Uno de los Estados Unidos de Norteamérica.

Hizo una pausa y añadió lentamente:

—Confieso haber incumplido la orden que me ordenaba regresar a mi país. Por una vez he sentido que había algo más importante que el cumplimiento del deber. El desafío con el Número Uno de Estados Unidos me obsesionaba. Era algo que estaba por encima de todas las consignas. O tenía que vivir él o tenía que vivir yo. Quería

dejar bien claro cuál de los dos era el mejor asesino del mundo.

Dejó otra nueva pausa, y dándose cuenta de lo que aquello significaba añadió, a continuación:

—He incurrido en culpa, por lo tanto, y no trataré de esquivar mis responsabilidades. Cumpliré el castigo que se me imponga. A continuación, paso a informar con detalle de la muerte de Miller, Número Uno.

Se pasó la lengua por los labios, miró al vacío y continuó:

—Los informes que me habían sido proporcionados acerca de ese hombre, por medio de una de las secretarias de Conrad, el jefe de control de la CIA en Washington, indicaban que fingía ser un profesor de una escuela especial para invidentes, situada cerca de Kansas City. Apparentemente, llevaba una vida aburrida, y a veces no se movía de allí durante semanas, pero de pronto desaparecía unos días. Eso era lógico, pues sólo misiones muy especiales se le encargan nada menos que al Número Uno.

Inclinando un poco más la cabeza hacia el micro, continuó:

—Una vez localizado el lugar, los hombres de Morrison intentaron acabar con él, pero fracasaron. Yo no me hubiera ocupado personalmente del caso, pero la muerte de Alexandr, que durante años había sido un amigo fiel, me decidió. No quería dejarle sin venganza. En consecuencia me desplazé hasta allí tomando las precauciones habituales. El viaje desde Nueva Orleans lo hice en un avión de la Delta Airlines sin despertar sospechas. Luego conseguí entrar en la escuela para mujeres ciegas.

Prosiguió, cambiando el tono de voz:

—No fue difícil porque, realmente, las muchachas que se mueven por allí son ciegas del todo. Me di cuenta de que Miller tenía un sistema de vida muy metódico y de que iba a resultar totalmente imposible atraparle desprevenido. En consecuencia, decidí eliminarle por medio de una «acción total» mientras estuviese dormido. Esa «acción total» significaba, sin embargo, que sólo debía morir él, y no ninguna de las muchachas que se hospedan en el edificio.

Volvió a remar unos minutos, para no llamar la atención desde la orilla. Luego fingió ser un sentimental que contempla el paisaje, y siguió dictando:

—No podía colocar una bomba, porque Miller la hubiera

descubierto. Una bomba tiene un volumen que no le podía pasar desapercibido de ningún modo, por bien que la ocultase, y además hubiera tenido que situarla muy cerca de él, ya que, de lo contrario, no le hubiese matado al hacer los muebles de parapeto. En consecuencia me decidí por otra solución, y esa solución la tuve al alcance de la mano al ver la tubería que conducía el gas natural hasta la estufa individual de la habitación. El gas natural es altamente explosivo, pero no podía provocar un escape durante el día porque las ventanas están abiertas y porque, además, lo hubieran notado, todos, ya que aunque el gas natural es inodoro, las empresas distribuidoras le suelen dar un cierto olor para advertir de los escapes. Tenía que provocar el escape estando Miller dormido y, por lo tanto, dentro de la habitación, pero me era imposible penetrar en ella. ¿Cómo actuar, entonces?

Mientras hacía una pequeña pausa, pareció poner en orden sus pensamientos. Luego continuó:

—Apliqué a la parte inferior de un codo de la tubería una pequeña masa de chicle mascado, como si cualquiera lo hubiese dejado allí. Por la parte interna, esa masa de chicle tenía una bolsita de plástico con ácido para comer el metal de la tubería. Hice una leve punción en la bolsita, la encajé en la tubería por medio del chicle y dejé que el ácido saliera, gota a gota, directamente sobre la tubería. Como, además, la bolsa y el chicle también acabarían consumidos al cabo de tres horas, más o menos, no quedaría allí más que un orificio pequeño, pero por el cual saldría el gas profusamente. La habitación estaría bien cargada de él una hora después.

»Yo esperé en el exterior —continuó Nekrasov—, cronometrando el tiempo cuidadosamente, hasta que consideré que el momento había llegado. Entonces monté el rifle que el agente Goriev me había proporcionado en el propio aeropuerto de Kansas City, al bajar del avión, y disparé, a través de la ventana, una bala incendiaria. La explosión fue fulminante. Toda la habitación voló y los tabiques que daban al pasillo se hundieron, pero yo ya había calculado que las paredes maestras resistirían, dada la extraordinaria solidez del edificio. Pese a la rotura general de cristales y pese al incendio, ninguna otra persona sufrió daños.

Yo mismo avisé a los bomberos desde el cruce de carreteras y

esperé. Cinco minutos después me unía al grupo de curiosos que llegaban desde todas partes, tras haber hundido mi rifle en las aguas del Missouri. Pude ver que el incendio era dominado y que los camilleros sacaban del edificio a un hombre muerto. Parte de la cara estaba al descubierto. Era Miller, el Número Uno de los Estados Unidos. Mi venganza se había consumado. Después de eso ya no me importaba lo que me ocurriese, porque mi honor profesional había llegado a lo más alto. El Número Uno absoluto era yo.

Volvió a remar. Ahora se sentía absolutamente tranquilo, relajado, casi feliz, pese a saber que había cometido una falta gravísima y que tal vez eso significaría el final de su carrera. Guardó la falsa cajetilla de cigarrillos y regresó a la orilla. Dejó la barca y se adentró en el parque que bordea el río.

Un hombre que llevaba una caña de pescar al hombro se acercó a él poco después. Con una sonrisa le pidió lumbre.

Nekrasov se la dio, pero también le deslizó hábilmente la pitillera dentro de uno de los bolsillos. El tipo se alejó, dándole las gracias. Nekrasov sabía que aquella misma noche la cinta saldría hacia Moscú en la valija diplomática de la Embajada soviética. Su trabajo había terminado.

Encendió, a su vez, un cigarrillo, mientras miraba la anchurosa corriente del Missouri, el río que siempre le había fascinado, incluso antes de llegar a los Estados Unidos. Había nombres que, para él, también estaban cargados de leyendas, como por ejemplo el río Rojo y el río Platte. Y aún había otro, el Snake River, o río Serpiente, que se identificaba con los primeros relatos de aventuras que leyó.

Mientras estaba pensando en todo esto, sintiendo por primera vez una cierta paz interior, notó que el cigarrillo caía de sus labios y que todo su cuerpo se tensaba. Acababa de ver el cuerpo de aquella muchacha a la que la corriente arrastraba río abajo.

Ella pedía socorro desesperadamente. Algo le pasaba, porque sabía sostenerse en el agua, más o menos, pero en cambio no nadaba bien hacía ninguna parte. Ni que fuera ciega... Y, de pronto, Nekrasov lo comprendió. En efecto, llevaba el uniforme de las muchachas educadas en el refugio de Miller. Era una ciega que se iba cada vez más hacia el centro del río mientras creía ir hasta la orilla.

Nekrasov no lo pensó. Sabía que aquello era un lío para él, pero se sentía incapaz de dejar morir a una muchacha en aquellas condiciones. Se lanzó al agua con la rapidez del rayo y nadó vigorosamente.

No tardó en llegar junto a la mujer, mientras sonaban gritos en la orilla. Pronto se dio cuenta de que ella estaba a punto de agotarse y de que se iba a hundir en las profundidades del río. Pudo sujetarla en el último instante, cuando ya su cabeza iba a ser tragada por las aguas.

Ella no miraba a ninguna parte.

Sus ojos estaban desenchajados.

Balbució:

—Por Dios...

Nekrasov hablaba un perfecto inglés, con un acento norteamericano que no era puro, pues se suponía que había pasado muchos años en el Uruguay. Con palabras tranquilas consiguió calmarla mientras la sujetaba por debajo del cuello con un brazo y nadaba con el otro. Se dio cuenta de que ella no podía colaborar, pues estaba materialmente agotada.

En la orilla ya aguardaban varias personas que no se habían atrevido a lanzarse, pues las aguas bajaban crecidas. Todos rodeaban a la chica, mientras querían darle masajes y practicarle la respiración boca a boca. Porque la chica quizá iba a morir, pero buena lo estaba, eso sí. Buena, y más que buena.

El Número Uno musitó:

—Por favor, no necesita nada. Se reanimará sola. Lo único que necesita es un poco de aire.

Y todos se apartaron. La muchacha volvió la cabeza, pero sus ojos seguían perdidos. Con un hilo de voz murmuró:

—¿Dónde estoy?

—Es una alumna del centro para invidentes —explicó alguien—. Lo mejor será devolverla allí.

—Lo haré —dijo Nekrasov—. ¿Puede andar, señorita?

—Sí...

—Venga. Tengo un coche aquí cerca.

En efecto, Nekrasov había alquilado un «Ford Granada» en Kansas City, y lo tenía estacionado cerca del río. Pensaba largarse con él hasta Tulsa, en Oklahoma, y tomar el avión allí, para que

resultara más difícil localizarle.

La hizo sentar y arrancó. La chica quedó materialmente hundida en el asiento, mojando toda la tapicería.

Como había perdido prendas de ropa, toda su belleza se mostraba de una forma primitiva, fascinante; casi animal, como una fuerza de la Naturaleza que se nos entrega. Como una llamada que venía de lo más profundo del universo, como un grito visceral que la uniría desesperadamente a la pasión de un hombre.

A pesar de que Nekrasov había sido educado en la norma de que las mujeres siempre son un estorbo y un peligro, no pudo evitar que su mirada fascinada recorriese las curvas de aquella muchacha. Ella apenas tendría veintiún años y tenía el cabello de un color rubio oscuro. Era una melena larga, que le caía hasta media espalda, y que las aguas del río no habían logrado desordenar. Su bata estaba desabrochada. Las medias de algodón algo grueso se mantenían tensas y bien sujetas al portaligas. Aquella muchacha hubiera dejado mudos a los fotógrafos del *Playboy*, pero ella no se daba cuenta; ella no era más que una pobre víctima incapaz de ver su propio cuerpo y cuyo destino consistía en obedecer.

Por fin se dio cuenta de todo lo que estaba enseñando.

Mientras trataba de abrocharse, musitó:

—Gracias por haberme salvado. No sabía dónde estaba el río y... y he caído. Cuando la corriente me ha arrastrado, he nadado en dirección contraria sin saber dónde estaba la orilla.

—Ya me, he dado cuenta. Eres ciega de nacimiento, ¿no?

—Como sí lo fuera. Perdí la vista a los diez años, en un accidente.

—¿Cómo te llamas?

—Myrna, ¿y tú?

Nekrasov se mordió los labios y mintió. Su pasaporte sueco estaba a nombre de Linden. Dio aquel nombre a pesar de que la muchacha no iba a poder comprobarla.

—Ha... ha sido terrible —musitó ella—. Aún no puedo creer que esté viva.

—Olvida ese mal trago. No has sufrido ningún daño.

—Gracias a ti...

—Eso tiene poca importancia.

Y tomó, con suavidad, la curva de la carretera paralela al río. La

muchacha musitó, de pronto:

—¿Adónde me llevas?

—¿Tú no estás en la residencia para invidentes?

—Sí.

—Pues te llevo allí...

Las manos de la muchacha le aferraron de repente con tanta fuerza que Nekrasov desvió el volante y estuvo a punto de perder la dirección. Se dio cuenta de que en los ojos de la chica palpitaba el terror, a pesar de que aquellos ojos no miraban a ninguna parte.

—Por favor, no me lleves allí —gimió.

—¿Por qué?

—Aquello es un infierno...

—Yo pensaba que os encontrabais bien en esa escuela —murmuró Nekrasov, sinceramente sorprendido.

—En ninguna institución de caridad mantenida por el Estado se ha estado nunca bien —musitó ella—. No tienes más que fijarte en la forma como nos hacen ir vestidas. Ni en la cárcel... Pero no me refiero a las condiciones materiales, sino a las condiciones morales. Hay un par de celadoras que me odian y me humillan continuamente. Sólo tenía una persona que me defendiera, que realmente me hiciera tener fe en el porvenir, y esa persona ha muerto.

Nekrasov sintió que sus dedos se crispaban en torno al volante.

—¿Cómo se llamaba? —musitó.

—Miller.

—Sí —dijo sombríamente él—. Me he enterado de que esta noche ha habido una explosión y un incendio. Un escape de gas, ¿verdad?

—Todo el mundo asegura que sí. Pero por favor.

—¿Qué?

—Se lo suplico. No me lleve allí...

Había una patética desesperación en los ojos quietos de la muchacha. Nekrasov sintió que sus dedos temblaban otra vez, porque en aquello era un novato. Él había sido educado en la técnica más implacable, pero no en el lado humano de las cosas. Para él, los seres se dividían en amigos y enemigos de la Unión Soviética. El sexo había tenido una importancia sólo relativa en su vida, pero los sentimentalismos no habían tenido ninguna

importancia. Y ahora se encontraba, de pronto, con algo nuevo, con algo distinto, como era una pobre muchacha desesperada y que le estaba pidiendo algo imposible.

Ella hundió la cabeza.

Por sus mejillas resbalaban las lágrimas.

—Si me devuelves allí —musitó, tuteándole—, ya no podré escapar nunca. Hoy he intentado hacerlo, aprovechando la confusión después del incendio, y lo único que he conseguido ha sido caer al agua. Si vuelvo a entrar en el colegio, nunca más saldré de allí. Me suicidaré. Tú no puedes saber lo que es aquello... No lo sabes... Miller era una buena persona, pero las demás son unas hienas. ¡Tú no puedes saberlo...!

Nekrasov redujo la velocidad del coche mientras se sentía cada vez más desorientado, más confuso. Comprendía que, si hacía caso a la chica, se iba a meter en el peor lío que un espía podía imaginar. Aunque ahora casi lamentaba haber matado a Miller, decidió seguir adelante.

—Lo siento —dijo—, no puedo convertirme en un fuera de la ley.

Ella lanzó un gemido entonces. De pronto abrió la portezuela del coche y saltó. Dio dos vueltas en el aire antes de estrellarse contra un árbol y quedar allí conmocionada, mientras Miller frenaba y lanzaba una maldición.

Por lo visto era cierto que la chica pensaba matarse. No había hablado en broma.

La recogió al borde de la carretera solitaria y se dio cuenta de que, por fortuna, no tenía nada grave. Por dos veces, en diez minutos, había escapado de la muerte, pero la tercera quizá sería la definitiva. Nekrasov sintió que se le secaba la boca, al pensar en aquella responsabilidad.

Sus ojos se nublaron.

Él había sido educado para la muerte, no para la vida.

Pero ¿no iba a haber debajo de su piel ni la menor sensibilidad? ¿Iba a dejar aquel pobre ser abandonado a su destino? ¿No era ya capaz de conmoverse por nada, como si su corazón se hubiese convertido en un pedazo de cuero?

Mientras la ayudaba a ponerse en pie, musitó:

—¿Tienes familia?

—No. Mis padres murieron en el accidente que me dejó, ciega.

—¿Nadie que te ayude?

Ella gimió:

—¿Y quién puede ayudar a una mujer como yo? ¿Quién...? ¿Por ejemplo, el portero de noche de la residencia, que ya ha intentado violarme dos veces?

Había algo patético en la voz de la muchacha, la más bonita que Nekrasov había visto jamás. Había algo tan angustiioso, tan desesperado, que él sintió que se nublaban sus pensamientos.

—Quizá no estará de más que vuelvas al coche —susurró—. Vas medio desnuda.

—¿Y adónde me piensas llevar?

—No lo sé.

Era verdad. No lo sabía. Mientras volvía a dar gas al «Ford», notó que se alejaba instintivamente del triste edificio de piedra gris. Los ojos de la muchacha seguían estando vacíos y perdidos, puesto que no podía saber adónde la llevaba.

Sólo al notar que rodaban durante bastante tiempo se tranquilizó. Caso de volver a la residencia, ya habrían llegado. Había, aún, lágrimas en sus mejillas, cuando musitó sencillamente:

—Gracias.

Nekrasov la llevó al apartamento que había alquilado en las afueras de la ciudad, en un edificio-colmena donde nadie se fijaba en nadie. Tuvo la suerte de no cruzarse con persona alguna por el camino. También consideró una suerte no haber estado instalado en un hotel, pues allí no le hubieran permitido entrar con una chica.

Ella vacilaba. Sus dedos trémulos rozaron los muebles, en aquel ambiente desconocido. Luego susurró:

—¿Dónde estoy?

—En un apartamento alquilado.

—En un sitio adónde se lleva a las idiotas para que dejen de ser idiotas, ¿no?

Él negó con la cabeza, aunque se daba cuenta de que la muchacha no le veía. Con una voz donde palpitaba una cierta amargura, dijo:

—No tengo por costumbre aprovecharme de las mujeres que me piden ayuda, y menos de las ciegas.

—Pe... perdona, no te he juzgado bien. Debes darte cuenta de

que no puedo ni verte.

Y se acercó a él. Los dedos rozaron, primero, los contornos atléticos del hombre, sus brazos largos y la musculatura que se adivinaba bajo la tela del traje. Mientras lo hacía, una especie de mueca de asombro iba aflorando a sus labios. Luego los dedos subieron por la cara. Por la mandíbula recta, por las mejillas atezadas, por el pelo corto, moldeado al estilo militar ruso y que sin duda era un fallo, porque eso daba al joven un cierto aspecto de extranjero que no le convenía.

Por fin musitó:

—Debes ser un hombre muy fuerte...

—Y tú una chica muy bonita.

Se sonrojó levemente. Dio media vuelta y quedó apoyada en la mesa, como si le costara respirar. De pronto, al posar las manos en su cuerpo, parecía haberse dado cuenta de que era verdad eso de que iba medio desnuda.

Él dijo suavemente:

—No te muevas de aquí. Voy al cuarto de baño a cambiarme porque también me he puesto perdido. Luego saldré a buscar ropa para ti.

Y, en efecto, salió al cabo de unos minutos, tras haberse puesto ropa seca y limpia. Fue a un almacén y en la sección de prendas femeninas lo compró todo, desde unos zapatos hasta una cinta para el pelo. La dependienta que le acompañaba de *stand* en *stand* preguntó con envidia:

—¿Es que necesita vestir a su novia?

Nekrasov no contestó.

La voz le llegó débilmente cuando ella le dijo, casi al oído:

—Conmigo no tendría tantas obligaciones; soy de buen conformar.

Era cuarentona, ávida, ansiosa. Nekrasov comprendió que sólo le faltaba eso para estar metido en un lío de verdad.

Salió con todo lo que había, comprado y volvió al apartamento. La muchacha había encontrado al tacto, al parecer, la radio, y escuchaba un concierto. Tuvo un sobresalto al oír la llave en la cerradura. Se puso en pie.

El Número Uno se había olvidado de que era el Número Uno. Dijo, con voz tranquila:

—El cuarto de baño lo tienes a tu espalda. Toma, ponte esto.

—Pero si es... ¡es un equipo completo!

—Justo lo que necesitas.

Ella, desapareció por la puerta. Cuando volvió, estaba resplandeciente de belleza con aquellas ropas que parecía no haber usado jamás. En sus ojos muy quietos palpitaba una lucecita extraña, tímida, pero que, al mismo tiempo, era ligeramente ansiosa.

—Gracias —musitó.

—No hace falta; que me las des. Ahora supongo que querrás comer algo.

—He notado que aquí no hay cocina; ni provisiones...

—Saldremos fuera. ¿Qué tal te desenvuelves en un restaurante?

—Supongo que bien.

—Entonces, acompáñame. No tienes nada que temer.

Los dos salieron. Fueron a un restaurante del centro, muy concurrido y muy elegante, lo cual no dejaba de ser otra imprudencia; Nekrasov se daba cuenta de que sus viejos maestros en las escuelas de espionaje habían tenido razón: uno falla cuando empieza a entrar en contacto con mujeres. Lo peor era que no podía evitarlo.

Myrna se comportó correctamente, igual que si viera. Por algo la habían educado en un centro especial. Durante la comida le contó mil detalles nefastos de la residencia, pero evitó cuidadosamente hablar de Miller. Él, preguntó al fin:

—¿Qué tal persona era?

—Extraña.

—¿En qué sentido?

—A veces se ausentaba y no se sabía por qué. Otras veces daba la sensación de que te hablaba y pensaba en otra cosa. Los ciegos somos muy sensibles para eso. Nekrasov lo comprendió muy bien. Para el Número Uno de los Estados Unidos debía ser difícil amoldarse, a veces, a su falsa vida de profesor de ciegos, por muy indispensable que eso fuera para mantener al anonimato. Bebió un sorbo de cerveza y, de pronto, la muchacha dijo inesperadamente:

—Tú también tienes ese tono de voz.

—¿Qué...?

—Quiero decir que hablas de una cosa y estás pensando en otra.

Era verdad. La chica debía tener una rara penetración para eso. Verdaderamente le importaba poco el muerto Miller, pero, en cambio, le importaba mucho lo que le podía ocurrir a él. Había incumplido gravemente las órdenes, y eso significaba que debía temer tanto a los agentes soviéticos como a los agentes norteamericanos. Podía decirse que estaba entre dos fuegos y en un callejón sin salida.

—¿A qué te dedicas? —musitó luego Myrna, en vista de que él no contestaba.

—Soy representante de maquinaria de precisión.

—¿Maquinaria norteamericana?

—No, sueca. Yo soy sueco.

Ella dijo, con voz opaca:

—Mientes.

—¿Cómo?

El casi había saltado de la silla. Musitó, asombrado:

—¿Por qué...?

—Porque los ciegos no vemos, pero notamos más las voces. Las personas, para nosotros, *son sus voces*. Y tú tienes el acento americano del que ha sido educado en un país de habla española, no en un país nórdico.

—Viví un tiempo en Uruguay —dijo él, casi aterrado ante aquella penetración. Pensó que era una lástima que una chica con aquel cerebro no fuera educada para el Servicio Secreto.

—No temas —musitó Myrna—, no pienso hacerte más preguntas. Tú me has salvado la vida y me has ayudado desinteresadamente. Para mí no existe más que una definición de tu persona: eres todo un hombre.

Nekrasov negó con la cabeza.

—Te llevaré a casa. —Fue todo lo que dijo—. Debes descansar.

Ella se dejó conducir. El coche runruneaba suavemente a lo largo de carreteras solitarias, tranquilas, en las que soplaban el *blizzard* del norte. Las casas parecían más hermosas y recogidas en aquel principio de la noche. Cuando llegaron al apartamento, Nekrasov indicó:

—Esto tiene dos habitaciones, no sé si lo habrás notado. Tú puedes estar en la del fondo; yo me quedaré aquí.

—Gra... gracias. De verdad, muchas gracias.

Nekrasov le palmeó delicadamente la mejilla. No sabía qué clase de maldita cosa le estaba ocurriendo esta noche. Sin mirarla, dijo:

—Insisto en que no debes dárme las. Vamos, descansa... Mañana veremos qué se puede hacer.

Y se situó ante el televisor para oír las últimas noticias, mientras ella pasaba a la habitación contigua. Procuró olvidarse de la presencia obsesionante de la chica, olvidarse de su belleza. Pero, de pronto, se dio cuenta de que algo había sucedido a su izquierda.

La puerta que separaba las dos habitaciones no estaba bien cerrada. Mal encajada, a causa de la deficiente construcción, se abría sola. Vio que Myrna se desnudaba.

Nekrasov tenía la boca seca. Nunca había visto una mujer así tan joven, tan bonita, tan excitante. Quizá también tan ingenua. ¿Tan ingenua? ¿O quizá tan ansiosa?

Sus párpados sufrieron una sacudida.

Ella se había vuelto, de pronto. Fue hacia la puerta con movimientos felinos.

—Se había abierto —dijo solamente.

Pero no la cerró. O al menos no la cerró del todo.

Estaba allí quieta.

Con sus ojos muertos.

Con su cuerpo tenso.

Con su boca ávida.

Nekrasov se puso en pie.

Una fuerza ajena le empujaba; un impulso profundo que era más fuerte que su vida le llevaba hacia ella.

Fue Myrna la que musitó:

—Era lo menos que podía hacer por ti.

Y cayó en sus brazos.

Buscó sus labios.

Se estrechó contra él.

Y demostró bien claramente que para ciertas cosas no hace falta ver; que en determinados lances de la vida *no es la vista la que trabaja*.

CAPÍTULO XI

LA CARICIA DE LA MUERTE

Nekrasov se despertó a la mañana siguiente con la sensación de que había transcurrido un siglo. Debía haber dormido muchísimo, porque el sol estaba bastante alto. Sus músculos, largos y flexibles, parecían estar en maravillosa forma después del largo reposo.

Se volvió para tocar a la muchacha, pero no estaba a su lado. Sin embargo no debía encontrarse lejos, porque oyó movimiento en la habitación contigua.

—¿Myrna? —preguntó.

—Sí —contestó ella, a través de la puerta—. ¿Me necesitas?

—No, gracias. Voy a darme una ducha.

Y saltó de la cama.

Fue al cuarto de baño y se relajó bajo el agua fresca, mientras, por primera vez en mucho tiempo, le invadía una cierta sensación de felicidad. Sabía que la muchacha ciega le ocasionaría un problema tras otro, especialmente teniendo en cuenta que él debería salir del país. ¿Dónde dejarla, entonces? ¿Y con quién? ¿Qué sería de ella? Y eso contando con que la policía no le detuviera antes, por raptó, cosa perfectamente posible, y lo cual constituiría un lío del que podrían salir cosas aún mucho peores.

Sin embargo, Nekrasov se sentía optimista. Había eliminado al Número Uno de los Estados Unidos y podría hacer algo para ayudar a Myrna. Estaba seguro de eso. Tanto, que silbó una alegre cancioncilla mientras se vestía rápidamente.

De una forma maquinal comprobó, al tacto, si llevaba sus cosas. No tenía ningún arma en su poder, porque eso podía acarrearle líos con la policía. Palpó el bulto de su cartera donde iba un documento de identidad, algún dinero y una tarjeta internacional de crédito,

aparte de otras para poder alquilar coches sin conductor en cualquier parte del mundo. Luego vio que en los bolsillos de su pantalón había algunas monedas, una de las cuales soltaba una, punta de acero si se la apretaba de una determinada forma. Por fin fue a abrocharse el cinturón.

Seguía silbando alegremente...

Y, de pronto, se detuvo.

Sólo un hombre como él, con su experiencia, con su entrenamiento, con su conocimiento de todos los sistemas, podía darse cuenta de aquello. Sólo unos sentidos como los suyos podían notarlo. Era algo inapreciable, casi insignificante, pero sin embargo LA MUERTE ESTABA ALLÍ.

Sus dedos palparon la mínima bolsita de plástico en la parte interior del cinturón. Prácticamente, no era nada.

Tampoco contenía nada.

Era una bolsita llena de aire.

¿Y eso podía matar?

Nekrasov se quitó el cinturón, poco a poco, con precaución, para que la bolsita de plástico no se rompiera. Pero, sin embargo, no dejó de silbar para dar la sensación de que todo era normal.

Luego se quitó la camisa.

Todo era normal también en ella. No había notado la menor variación en el peso. Además, ¿qué puede haber de mortal en una simple camisa?

La colocó en el centro de la habitación en el respaldo de una silla. Luego volvió a tomar el cinturón con cuidado y se lo ciñó de una forma natural. Como había esperado, la pequeña cápsula de plástico que estaba adherida a la parte interior, y que sólo contenía aire, estalló al ser sometida a presión, del mismo modo que estallaría un globo de colores. Sólo que el estampido fue mucho más seco y mucho más intenso.

Y ahí empezó todo.

Lo demás fue instantáneo.

Apenas se había producido aquel estampido cuando la camisa de Nekrasov, la que estaba en el respaldo de la silla... ¡estalló!

¡Fue como si llevara una bomba dentro!

¡Voló en pedazos!

Y era verdad que llevaba una bomba dentro. Nekrasov lo

comprendió una décima de segundo después. La cartera que él palpó antes había sido casi vaciada para que tuviera el mismo peso, siendo sustituido lo que quitaron por una lámina de plástico explosivo. Aquello no tenía fuerza suficiente para derribar una pared, desde luego, ni para destrozar un mueble, pero en cambio podía abrir una brecha espantosa, mortal, en el pecho de un hombre. Y justamente la cartera estaba en el bolsillo de la camisa que hay junto al corazón.

El Número Uno sintió, por un momento, que todo daba vueltas en torno suyo. Y eso que había comprendido muy bien la causa del estallido. Era un simple experimento que él mismo había realizado muchas veces. Explosión a causa de ondas sonoras.

La capsulita de plástico llena de aire había producido, al estallar, un estampido de una intensidad muy bien calculada.

La intensidad suficiente para hacer vibrar la delgadísima palanquita que había en el fulminante de la carga explosiva.

Esa palanquita, al vibrar como una lengüeta, producía el contacto.

Y... ¡al diablo!

Nekrasov estaba materialmente asombrado. Un sudor instantáneo se había puesto a correr por su rostro. Sus ojos se habían dilatado sin poder creer lo que estaban viendo.

O sin *querer* creerlo.

Porque sabía muy bien quién había puesto la carga explosiva allí. Quién había situado la capsulita de plástico en el cinto. La persona que lo había hecho todo para enviarle al reino de los muertos tenía que ser... ¡Myrna!

Pero no podía entenderlo aún.

Por primera vez en muchos años, su cabeza vacilaba.

Al fin se dio cuenta de una cosa elemental, y era que no podía perder más tiempo allí porque la explosión se debía haber oído en todo el edificio y alguien llamaría a la policía. En cuanto se presentase un agente por allí, él estaba listo.

Por lo tanto, agarró de un zarpazo un jersey ligero que tenía en el armario, se lo remitió como si fuera una camisa y luego se puso la americana encima. Segundos después saltaba por una ventana hacia un callejón que había entre dos bloques de edificios. Se perdió entre varios coches estacionados allí.

Se oían gritos.

Y a lo lejos, muy a lo lejos, una sirena.

Nekrasov corrió en zigzag para pasar desapercibido, mientras sentía en el fondo de los nervios el frío de la muerte. Era algo que no había sentido nunca, algo que le destrozaba como si no fuera más que un maldito novato.

Fue a correr hacia el coche que tenía alquilado, y que se hallaba a no mucha distancia, pero de pronto se detuvo, mientras contenía la respiración.

No podía fiarse tampoco. Ahora no podía comprobar nada y quizá había otra bomba conectada al motor de arranque.

Por lo tanto, eligió otro coche. Justo el que estaba delante del suyo, y que, además, tenía las llaves de contacto puestas. Era un descuido del dueño que a él le permitiría salvarse y salir de estampida de allí. Iba a sentarse ante el volante con toda la rapidez posible cuando, de pronto, una pistola se clavó en su nuca.

Nekrasov ladeó todo lo posible la mirada, sin volver apenas la cabeza. Y entonces se dio cuenta de que en el asiento de atrás había estado oculto un tipo pequeñajo, con aspecto de reptil y que no tenía medio guantazo, pero que, sin embargo, manejaba una «Luger» calibre 9 digna del mayor respeto. Aquel tipo dijo:

—¡Sal de ahí, macho, si no quieres que te adorne los sesos con una bala!

—¿Por qué? ¿El coche es tuyo?

—No, pero tuyo tampoco.

—¿Lo has robado?

—Mi amigo Falk —dijo el macarra—, le acaba de machacar la cabeza al dueño detrás de la pared del aparcamiento y yo me he venido con las llaves mientras él le acaba de «limpiar», del todo, los bolsillos. Sólo faltaría que un desgraciado como tú se nos llevase, ahora, este soberbio ocho cilindros. ¡Hala, fuera, hijo de la gran zorra!

A Nekrasov no le convenía perder tiempo y mucho menos armar una pelea que inevitablemente atraería la atención de la policía. Por lo tanto, fue a bajar del coche en el momento en que llegaba el otro compinche.

Éste no era un pequeñajo, sino un gigante. Miró a Nekrasov con rabia, mientras su compañero le hacía señas para que le diese un

buen escarmiento. Y se lo dio.

La puntera de su bota se clavó en la entrepierna de Nekrasov, que se retorció de dolor mientras rodaba por el suelo. En circunstancias normales no hubiese atrapado desprevenido al Número Uno, que era, además, un maestro en kung-fu,

pero ahora Nekrasov estaba pensando únicamente en lardarse de allí y no había previsto nada de lo que sucedía. En una de sus vueltas fue a parar materialmente bajo otro de los coches, un «Volkswagen» de importación, mientras el matón que le había atizado se sentaba ante el volante.

—Supongo que el dueño de este cacharro está muerto —le dijo a su compañero—. Le he dado dos golpes más en la cabeza, antes de birlarle tres mil dólares.

Y dio un giro a la llave de contacto.

Fue el momento en que Nekrasov se disponía a chillar.

Fue el momento en que lo vio todo terriblemente claro.

—¡Salid de ahí! —Fue a decir.

La terrible explosión conmovió, entonces, el aire. El lujoso ocho cilindros se convirtió en una bola de fuego. Todos los cristales de las cercanías se pulverizaron, y el propio Nekrasov hubiera saltado hecho pedazos si no llega a estar debajo de otro coche.

De pronto lo vio todo, como en una película siniestra.

Su automóvil alquilado, del que tenía motivos para sospechar. Era lógico que no subiese a él.

Y en cambio había otro, delante, con aspecto apetitoso y con las llaves puestas. Aunque lo de las llaves fuera casualidad, se trataba del coche perfecto para que Nekrasov intentara apoderarse de él, puesto que, además, era el que mejor salida tenía hacia el exterior del aparcamiento, el más indicado para huir. El cerebro que había maquinado todo aquel plan tenía razones para pensar: *A la hora de escapar, elegiré ese ocho cilindros.*

Y no se hubiera equivocado. Lógicamente, Nekrasov tenía que estar, ahora, hecho pedazos en lugar de aquellos dos granujas.

Mientras pensaba en todo esto, se preguntó qué diabólico enemigo podía haber planeado todo aquello con tanta astucia. Si el Número Uno de Estados Unidos había muerto, ¿quién le estaba atacando ahora a él? *¿Quién?*

Su instinto le hizo salir de debajo del «Volkswagen», mientras los gritos volvían a sonar en las cercanías. La gente ya estaba aterrorizada tras las dos explosiones seguidas, en especial, tras la segunda. Las sirenas de los coches policiales se oían ya mucho más cerca.

Corrió entre los vehículos aparcados, pensando que podían confundirle con un vecino más de los que huían por todas partes. Saltó por encima de un capó y se dirigió hacia otro coche que estaba estacionado algo más lejos, y con el que seguramente podría salir de allí.

Al menos en eso tuvo suerte. No había nadie en aquel automóvil, y aunque las llaves de contacto no estaban puestas, tampoco le costó gran cosa hacer el clásico «puente». Dio gas y condujo por el único camino que le podía permitir, escapar de aquella ratonera: un sendero estrecho que conducía a un gran bosque convertido en parque público, y en el que a aquellas horas no había, seguramente, nadie. Si atravesaba el bosque, ya no lograrían seguir su pista.

Remontó la pequeña colina. Los edificios quedaban atrás, Pasó al otro lado de la pequeña elevación sin que nadie se fijara en él, pues el tumulto empezaba a ser majestuoso y la policía no sabía adónde acudir.

Vio un sendero de tierra, a mano derecha.

Por allí podría escabullirse mejor.

Y, de pronto, sin causa aparente, el motor se detuvo. Tras un par de fallos, runroneó y quedó quieto. Nekrasov se fijó, entonces, con asombro, en el indicador de gasolina, que antes no había tenido tiempo de mirar: indicaba cero. Estuvo a punto de lanzar una maldición.

Y fue entonces cuando vio aquel brillo metálico entre los árboles de su izquierda. Cuando se dio cuenta de que una metralleta le estaba apuntando al centro de la cabeza.

Detrás de la metralleta estaba una mujer.

Pero ¡qué mujer...!

Qué piernas... qué senos... qué, preciosa boca...

Unas piernas, unos senos y una boca que Nekrasov ya conocía bien. Por eso se fijó más que nada en los ojos, unos ojos desconocidos. Porque era como si no los hubiese visto nunca.

Porque no eran, ni mucho menos, los ojos de una ciega.

Mi parecían haberlo sido nunca.

Myrna dijo, con voz opaca:

—Aquí te esperaba, Número Uno. Aquí, justamente en el sitio calculado, donde sabía que tenías que pararte.

CAPÍTULO XII

DUELO DE CEREBROS

El asombro que sentía Nekrasov era tan intenso que, por un momento, no supo reaccionar. Cuando ya pensaba haberlo visto todo en la vida; cuando estaba seguro de que nada le podría sorprender, se encontraba, de repente, ante aquella situación diabólica.

¿Cómo había sabido aquella mujer que él elegiría, precisamente, ese coche? ¿Y cómo había sabido que se detendría precisamente allí? ¿Cómo había podido combinarlo todo para poder esperarle en el sitio justo?

Igual que si hubiera adivinado sus pensamientos, Myrna dijo, con una turbia sonrisa:

—No era tan difícil, hermano. Ideé dos sistemas para matarte, pero pensé que un hombre como tú, un auténtico Número Uno, quizá escaparía de las dos trampas. Por si acaso, dejé la tercera preparada, y la tercera es ésta.

—De modo que tú colocaste la... la carga explosiva en mi cartera, en uno de los bolsillos de mi camisa...

—Sí —reconoció ella—. Y supongo que eso ya lo adivinaste al principio.

—Claro. No podías haber sido más que tú... Y tú también colocaste aquella bomba en el coche.

—Naturalmente que sí, hermano. Con toda lógica, ya debías haber muerto al primer intento, pero tu cerebro de primera clase saltó. En cambio, el segundo estuvo a punto de salir bien; de no ser por aquellos asesinos aficionados que se metieron en el ocho cilindros, ahora tus restos aún estarían flotando por el aire, convertidos en polvillo rojo.

Nekrasov tuvo un leve estremecimiento ante aquel lenguaje casi brutal, pero no se notó la menor emoción en su cara.

—El tercer sistema —dijo entonces ella, tranquilamente—, no podía fallar. Después de todo, era también el más razonable.

—¿Cómo sabías que yo elegiría aquel coche, al huir?

—Elemental: no había otro en todo el camino. Y yo partía de la base de que tú sabías hacer muy bien un «puente».

—¿Y cómo sabías que iba a elegir este camino?

—Elemental, también: era el único donde la policía te iba a perder de vista al cabo de algunos minutos. Seguirías indefectiblemente por él.

—Y extrajiste la gasolina necesaria para dejar solo una poca, ¿verdad? La suficiente para llegar hasta aquí, teniendo en cuenta el consumo del coche, que tú habías calculado con una perfección matemática increíble.

—Fue una de las cosas que me enseñaron —dijo ella, con la mayor tranquilidad—. Soy doctora en Ciencias Exactas y calculo los consumos mejor que los ingenieros de la «Ford». Podía equivocarme entre veinte y cincuenta metros, pero no más. Ni siquiera podías consumir más o menos, según los cambios de marchas, por que el coche es automático.

Nekrasov estaba asombrado, pero siguió sin demostrarlo. Sabía que iba a morir, pero, curiosamente, lo que más lamentó en este minuto fue que un cerebro de primera magnitud, como el de Myrna, fuese un cerebro enemigo.

—Pero entonces... —balbució, sintiéndose totalmente desconcertado—, tú eres... eres... ¡El Número Uno!

Myrna asintió lentamente.

Sus ojos eran metálicos. Duros.

Eran los ojos de la muerte.

Y, sin embargo, había en ellos una dulzura y una belleza recónditas; una dulzura y una belleza que solamente Nekrasov podía entender.

—Sí —dijo ella, con voz opaca—. Soy el Número Uno de Estados Unidos.

La voz había sonado como un disparo. Nekrasov sintió que se le secaba la boca.

—Pero, entonces, Miller... —dijo.

—Miller era mi tapadera.

—Tu... tapadera...

—Sí. Era el que me transmitía las consignas y el que cuidaba de los detalles cuando yo tenía que ausentarme. El que lo preparaba todo. Y el que estaba dispuesto a morir en cualquier momento, porque sabía que los agentes enemigos podían descubrirle, pero a cambio de eso *no me descubrirían a mí*. ¿Quién podía sospechar de una ciega recluida en una institución medio benéfica? Sólo media docena de personas en el país, conocen mi verdadera identidad, y uno de ellos es Miller. Como digo, él me servía de tapadera para el caso de que los agentes enemigos dieran con la pista. Lo más importante de su trabajo consistía en eso.

Nekrasov sintió una contracción en la garganta.

—Ha habido un duelo entre tú y yo... —musitó quedamente—. Un duelo de cerebros, de ambiciones, de sentimientos, sin importarnos nuestro verdadero trabajo ni las órdenes que recibíamos. Yo he incumplido las instrucciones enviadas desde mi país sólo porque quería acabar con el Número Uno de Estados Unidos... Tú también has debido incumplir las órdenes, porque querías acabar conmigo. Sólo nuestro duelo particular nos ha importado, sólo el ver quién vencía a quién. Pero lo que más lamento es que haya habido una víctima sin merecerlo. Siento haber matado a Miller.

—No le has matado —dijo ella, con voz inexpressiva.

—¿Qué... no?

—La explosión de gas lo dejó muy gravemente herido, pero no ha muerto. Los médicos dicen que, seguramente, podrá salvarse.

—Sin embargo yo vi...

—Claro que lo viste: que le sacaban con la cara tapada y como un muerto. Era una precaución lógica que yo tenía que adoptar, puesto que sabía que querías asegurarte del éxito de tu golpe y que estarías fuera, viendo la conducción del cuerpo. Y ése fue tu único falle: *estar allí*. No tuve más que fijarme en las personas desconocidas e iniciar una rápida información acerca de ellas. El único sospechoso, a los cinco minutos, eras tú. Por eso pude hacerme la enconradiza, tan fácilmente, con el *accidente* del río.

Nekrasov seguía estando asombrado.

Sentía un alivio al saber que no había matado a Miller, pero, al

mismo tiempo, se notaba desconcertado y hundido. Por primera vez, había sido vencido por un cerebro superior al suyo, y ese cerebro era el de una mujer. Precisamente la Número Uno de Estados Unidos, la que él había querido destruir, incluso incumpliendo todas las órdenes. La mujer con la que se había enfrentado en un duelo a muerte que iba a terminar ahora... con la muerte de Nekrasov, naturalmente. Porque en aquel duelo era él quien había perdido.

—No me importa morir —dijo, en voz baja—. Lo único que me duele es haber cometido un fallo de esa clase.

—No debes preocuparte por eso. Yo he cometido dos.

—¿Dos fallos? ¿Cuáles?

—Te he preparado dos trampas mortales y de las dos has conseguido salir vivo. ¿No son eso errores, por mi parte?

Nekrasov sonrió tristemente.

Sus ojos se habían humanizado, ahora, sus ojos eran los de un hombre que, después de no creer en nada, volvía a creer, ahora, en algunas cosas que quizá ya no le servían. Volvía a creer en la belleza, volvía a creer en la piedad, volvía a creer en lo hermosa que, a veces, puede ser la vida. Pero ya era inútil.

—Tú y yo somos unos *robots*, unas máquinas implacables —dijo, en voz baja—. Nos han educado para ser más listos, para ser más crueles, más astutos que los otros, y para salir triunfantes en cualquier situación. No nos han enseñado quién tiene la razón, ni quién deja de tenerla, y creo que, en el fondo, eso ni siquiera nos importa. Nunca juzgamos; sólo peleamos. Cualquiera que se haya molestado en leer la historia de los últimos, cien años habrá notado que unas veces la razón estaba de parte de Rusia, otra de parte de Estados Unidos, y que otras veces ha estado al lado, incluso, de pobres países africanos, porque nadie puede tener el monopolio de haber sido siempre culpable o de haber sido siempre justo. Sin embargo, nosotros no pensamos en eso; sólo pensamos en las órdenes, en nuestro país y en nuestro triunfo, y eso nos ha deshumanizado por completo. Somos como piezas de ajedrez que un día entran en jaque mate y entonces son eliminadas. Por eso no me quejo, como tú no te hubieras quejado si la muerte te hubiese llegado a ti. Puedes disparar con, toda la tranquilidad del mundo, Myrna, porque te lo has ganado, pero antes quiero decirte dos cosas

y preguntarte otra. Sólo eso.

—Puedes empezar por la pregunta —dijo ella, con voz inexpresiva—. Adelante. A un condenado a muerte siempre se le deja hablar.

—La pregunta es ésta: ¿por qué consentiste que te amara? ¿Por qué nos hemos comportado como si el *uno* creyera en el otro?

—Quizá ha sido porque así confiarías más en mí —susurró Myrna—. Una de las armas de la mujer es la atracción que ejerce sobre el sexo contrario, y resulta tonto despreciarla cuando se trata de un duelo a vida o muerte. Pero, además, hubo otra razón, y es que, en el fondo, yo te admiro. Lo único que siento, es que estemos en campos distintos y no seamos compañeros. Al caer en tus brazos quise darte la última compensación, antes de enviarte a la tumba. Y también, ¿por qué no? quise saber lo que era un hombre de verdad. Plasta ahora no he conocido más que *robots*, verdugos y mártires. Sólo eso. Un verdadero hombre, no lo he conocido hasta hoy. Y ahora que has hecho la pregunta dime las dos cosas que pensabas decirme. Adelante...

—Lo primero que quiero decirte es que no hay ningún interés por parte de mis jefes soviéticos en liquidarte a ti. Al contrario, había recibido órdenes de salir de Estados Unidos, pero las incumplí. Esto que está ocurriendo entre tú y yo, y que va a terminar con mi muerte, es un simple duelo personal. Quería demostrar que el Número Uno de Rusia es superior al Número Uno de Estados Unidos.

—También lo mío ha sido un duelo personal —confesó ella, con voz opaca—. No he recibido ninguna orden para matarte, pero entre nosotros dos se había entablado un duelo de ratas y una rata va a matar a la otra. Eso es todo.

—Me parece justo —dijo Nekrasov, con una calma glacial—. La segunda cosa que quería decirte es que yo he sido sincero al amarte esta noche. Que fui sincero cuando te saqué del río, creyendo que estabas en peligro. Que fui sincero al meterme en un lío con una mujer como tú, escapada de un centro de educación, sabiendo que eso podría ponerme al descubierto ante las autoridades norteamericanas. Y te digo todo esto, no para que me perdones la vida, porque no es justo que me la perdones ni yo la quiero conservar. Te digo todo esto porque me he dado cuenta, demasiado

tarde, de una sencilla verdad: de que no soy una máquina y de que también puedo amar a una mujer. Mientras te tenía a mi lado fui absurdamente feliz, y lo peor es que no me avergüenzo de haberlo sido. Y ahora, dispara de una vez. No lo pienses más... ¡Dispara!

Estaba quieto allí, junto al coche, esperando la rociada de balas. Myrna musitó:

—Antes era Liberman el asesino mejor pagado de Estados Unidos. Ahora voy a serlo yo. ¡Adiós, hermano!

Y apretó el gatillo.

Nekrasov sintió el calor del plomo; sintió el contacto de la muerte.

Pero aquel calor del plomo; aquel contacto de la muerte, sólo pasó junto a él. Fueron como brutales exhalaciones que le rozaban la piel. Fueron chispazos que hicieron crujir todos sus músculos, sin saber lo que ocurría... El chorro de balas pasó junto a su cabeza.

Y entonces, oyó Nekrasov aquel grito de muerte. Entonces se dio cuenta, con asombro, de que Myrna estaba disparando... *¡contra algo que se hallaba detrás de él!*

Bruscamente se contorsionó en el aire y dio media vuelta mientras caía al suelo; Era algo elemental, para esquivar los nuevos balazos. Y pudo ver, en aquel momento, los dos hombres que se contorsionaban a poca distancia, entre los árboles, cada uno de los cuales llevaba una granada de mano en la derecha. Los dos cayeron, cosidos a balazos, en una, última y trágica contorsión, sin que ninguna de las dos granadas estallase.

Con asombro, Nekrasov balbució:

—Por todos los infiernos... ¡Es Sullivan!

—¡Claro! —dijo Myrna, bajando el arma con la mayor tranquilidad—, un asesino, un jefe del Sindicato del Crimen al que tus amigos del Kremlin han empleado, a veces para trabajos sucios, como tú sabes bien. Éste iba a ser un trabajo sucio más, aunque estoy segura de que ahora obraba por su cuenta, sin órdenes superiores. Ahora trataba de matarme a mí porque sabía que eso, el Kremlin se lo pagaría bien. Para localizarte y conocer tu identidad no había tenido más trabajo que seguirte a ti, paso a paso. La muerte del Número Uno de Estados Unidos era algo que, sin duda, los rusos le agradecerían, aunque no se lo hubiesen ordenado. Pero, por las granadas que llevaban en las manos, él y su compinche,

estaba claro que tampoco te hubieras librado tú. Nos hubieran pulverizado a los dos juntos. ¿Y por qué a ti también? Por la sencilla razón de que Sullivan debía haber sabido que acababas de desobedecer una orden de tus jefes, lo cual se presta a pensar en una palabra: traición. Sullivan hubiera podido convencer a los dirigentes del Kremlin de que nos liquidó a los dos cuando estábamos llegando a un pacto, lo cual le permitiría ocupar tu puesto como espía bien pagado, y seguramente hacer un doble juego, puesto que Sullivan era de los que cobran de todo el mundo. Sencillamente, íbamos a palmarla los dos.

Nekrasov se había puesto en pie. Sabía bien que aún quedaban balas en la metralleta a Myrna y que ella no iba a tener más trabajo que apretar el gatillo. Con la misma expresión de halada indiferencia dijo:

—Muy bien: has salvado tu vida. En cuanto a mí, poco me importa morir ametrallado o reventado por una bomba de mano, de modo que la situación no cambia. Puedes disparar.

Ella sonrió.

¿Era helada su sonrisa?

¿Era cínica?

¿O era quizá la de una muchacha que empieza a creer en algo, fuera de la muerte?

Nekrasov no lo sabía. No deseaba saberlo, tampoco. Para él sólo había una evidencia, y era que había llegado la hora de morir.

—¿A qué esperas? —susurró—. ¿A que esto se llene de gente?

Pero ella no había levantado la metralleta de nuevo.

Ella seguía sonriendo. Con voz tranquila murmuró:

—¿De veras piensas que iba a disparar, después de lo que me has dicho? ¿De veras piensas que yo puedo despreciar a un hombre como tú, sabiendo que tú no desprecias a una mujer como yo? ¿Es que no puedo pensar, yo también, que hay otras verdades, fuera de la muerte? ¿Por qué no llegamos al más sencillo acuerdo del mundo? ¿Por qué no nos largamos los dos a cualquier país donde no exista la NKVD y no exista la CIA?

Nekrasov dijo, con un hilo de voz:

—¿Pues sabes que... quizá tengas razón...?

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Y arrojó la metralleta al suelo. Los dos avanzaron uno hacia el

otro, sin saber bien lo que ocurría, sin pensar en nada, sin darse cuenta de lo que no fuera su mutua presencia. Sus brazos se enlazaron, sus cuerpos chocaron, sus bocas se unieron.

Nekrasov, musitó:

—Besando así, matas a cualquiera.

Y ella contestó, casi sin aliento:

—Por algo era, hasta hace poco, el asesino mejor pagado de Estados Unidos...

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

